

# BAJO EL AMOR Y LA CONFIANZA



Ediciones en Lenguas Extranjeras  
RPD de Corea  
2025

# **BAJO EL AMOR Y LA CONFIANZA**

Ediciones en Lenguas Extranjeras  
RPD de Corea  
2025



---

## PRÓLOGO

La enorgullecedora primera generación de la revolución coreana fueron aquellos combatientes quienes durante la ocupación militar del imperialismo japonés libraron una enconada lucha por la emancipación de la patria y la libertad del pueblo, enalteciendo a Kim Il Sung como sol de la nación, hasta lograr esa noble causa.

Fue él quien, considerando como compañeros a ellos que deambulaban sin un rumbo fijo, los abrigó en su regazo para formarlos como combatientes dignos y generales valientes de la guerra antijaponesa.

Ellos, que lloraban la pérdida del territorio y la soberanía por el imperio japonés, aprendieron lo que era el amor a la patria, al pueblo y al ser humano mientras acompañaban a su líder en la ensangrentada y prolongada lucha antijaponesa creciendo en ese trayecto como combatientes consagrados de lleno a la sagrada causa de la independencia nacional y la libertad y emancipación del pueblo.

También fueron días en que experimentaron en carne propia la verdad de que la liberación de la patria se podía lograr solamente siguiendo al gran compañero Kim Il Sung.

---

Esta tradición de la unidad con el líder en el centro, creada por la primera generación de la revolución coreana, sigue siendo hoy motivo de un gran orgullo y fuente de la victoria del pueblo coreano.



---

---

## ÍNDICE

|                                                                           |    |
|---------------------------------------------------------------------------|----|
| Primer jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias ..... | 4  |
| El veterano de cien victorias y la boquilla de ámbar .....                | 18 |
| Del “niño” sirviente al guerrero temible .....                            | 31 |
| Persona de poco ruido y sombra grande .....                               | 41 |
| Como jefe competente .....                                                | 51 |
| El amor reencontrado .....                                                | 60 |
| Hasta el último momento de la vida .....                                  | 66 |
| Últimas letras .....                                                      | 74 |

---

---

## Primer jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias

El 25 de abril de 2022 el pueblo coreano celebró por todo lo alto en Pyongyang una parada militar en honor del aniversario 90 de la fundación del Ejército Revolucionario Popular de Corea (ERPC).

Viendo a los soldados desfilan con pasos firmes y los fuegos artificiales que adornaban el hermoso cielo nocturno de la capital, evocó el desfile realizado por la Guerrilla Popular Antijaponesa (denominada posteriormente Ejército Revolucionario Popular de Corea) en la cabecera del distrito Antu en mayo hacía 90 años.

Ese grupo de poco más de cien soldados desfilaron con paso firme. Tanto los ciudadanos como los oficiales y soldados de las tropas antijaponesas chinas acantonadas en esa zona acudieron a la calle y, levantando sus pulgares, les enviaron saludos de bienvenida.

Entre ellos figuraba Cha Kwang Su (5 de abril de 1905–30 de octubre de 1932), quien delante de la tropa dio parte al Comandante Kim. Hoy también los coreanos lo recuerdan con afecto y añoranza.

En sus reminiscencias *En el transcurso del siglo* (tomo I de la

Revolución Antijaponesa), el gran Líder Kim Il Sung rememora:

**“En momentos en que evoco la época de Jilin, pasan ante mis ojos muchas imágenes inolvidables. Y siempre, al frente de éstas, veo a Cha Kwang Su.”**

Ojos brillantes detrás de gruesos lentes de miope y el cuello ligeramente ladeado caracterizaban la apariencia de ese joven teórico. Tenía también el apodo “campechano”, lo cual mostraba parte de su carácter.

Nació en una pobre familia campesina del distrito de Ryongchon de la provincia de Phyong-an del Norte. Desde pequeño, los vecinos apreciaron su inteligencia. No tenía ni 20 años cuando se fue a Japón para estudiar costeándose él mismo.

Fue entonces que comenzó a leer libros marxistas y leninistas y admirar el comunismo. Lamentablemente en ninguno de ellos encontró ideologías y teorías referentes a la liberación de las naciones coloniales. En busca de un correcto lineamiento de lucha, a mediados de los años de 1920, abandonó Japón para recorrer otras latitudes y hablar con muchos “personajes”, quienes no estaban interesados en lo mínimo en la liberación nacional que era un asunto de inmediata solución y se dedicaban solamente a las palabrerías.

Desilusionado, lo abandonó todo y se marchó a Liuhe para enseñar a los niños del campo. Allí conoció a Choe Chang Gol, uno de los primeros miembros de la Unión para Derrotar

al Imperialismo (UDI), quien le sugirió ir a Jilin para conocer a Kim Il Sung, un nuevo dirigente del movimiento juvenil.

Al arribar a Jilin, Cha se dirigió a un club de la juventud cristiana con el fin de conocer, aunque superficialmente, a Kim Il Sung a través de una conferencia que este iba a dictar en él.

La aparición del joven estudiante de la secundaria ante el público lo envolvió en una gran emoción. Y escuchando con gran atención su conferencia de palabras fácilmente comprensibles, de gran profundidad y bien estructurada, sintió hacia él una gran admiración y se convenció de que no hizo en vano aquel viaje.

Sus colegas solían decir que Cha llevaba dentro varios Marx y Lenin. Y él se sintió profundamente atraído por un joven siete años menor que él.

Tras la conferencia, se reunió con Kim Il Sung y habló largo y tendido con él. Su modestia y sus conocimientos multifacéticos atrajeron hacia sí al teórico orgulloso.

Su interlocutor, si bien simpatizaba con el marxismo-leninismo, teoría reconocida en aquel entonces en el movimiento comunista internacional, lo abordaba de manera creativa en su relación con la realidad de Corea, convertida en colonia de Japón. Al instante se percató de que era un hombre excepcional, incomparable con él que no conocía más que el mundo de los pupitres.

Desapareció sin decir a nadie a dónde iba. Cuando volvió a aparecer unos días después, le dijo que por un tiempo había

estado expuesto al viento de Jilin y, tal como se dice: “En plena noche aparece una pared”, le preguntó de sopetón qué haría con el problema de la alianza con los nacionalistas.

Eran tiempos en que la traición de Jiang Jieshi, autor de la ruptura de la alianza entre el Partido Comunista y el Guomindang, marcó una declinación temporal de la revolución china y esto suscitaba en el seno del movimiento comunista debates acalorados sobre la alianza con los nacionalistas.

En el movimiento comunista internacional hubo quienes, alegando la necesidad de sacar lecciones de esta situación de la revolución china, presentaron hasta opiniones extremistas acerca de que los comunistas no deberían aliarse con los nacionalistas.

A fin de cuentas, el criterio al respecto se consideraba piedra de toque de la división entre comunistas y oportunistas. Y de ahí el deseo de Cha de conocer la opinión de Kim al respecto.

Este le afirmó que ciertos nacionalistas degenerados de Corea capitulaban ante el imperialismo japonés y abogaban por la “autonomía” y el reformismo nacional; pero otros y los intelectuales honestos, tanto en el país como en el extranjero, estaban luchando con inflexible voluntad por la independencia de Corea, que los nacionalistas coreanos, víctimas de la salvaje dominación colonialista de este imperialismo, poseían fuerte espíritu antijaponés y, por consiguiente, era preciso ir de mano con ellos y con los honestos conciudadanos capitalistas.

Sin ocultar la emoción de haber realizado el sueño de encontrarse con un líder capaz de trazar una correcta línea de lucha que le diera ánimos y esperanza, Cha le tomó de la mano, le abrió el corazón, le habló de sus antecedentes y expresó en tono dramático:

—Song Ju, ¿no podríamos entregarnos al movimiento comunista en medio de la confianza y el afecto recíprocos? ¡Sin nada de fracciones ni de riñas hegemónicas!

Fue así como él se radicó en Jilin y se hizo miembro de la UDI.

Fueron días en que él sintió una gran admiración por la probada y experimentada dirección de Kim Il Sung y una infinita satisfacción ante la comprobación de que la revolución coreana entró finalmente en su correcta órbita.

Tenía talento para escribir y hablar y era un teórico consumado del marxismo-leninismo. Con su aparición, se reforzó la fuerza medular de la UDI. En el debate sobre el marxismo, no perdía ni siquiera ante aquellos autodenominados colosos del movimiento comunista coreano y que se creían grandes teóricos.

Así el grupo de comunistas coreanos de la joven generación se ganó un teórico excepcional.

Un día de verano de 1927, Kim Il Sung le pidió que fuera a trabajar a Xinantun, a lo cual este no pudo disimular una expresión interrogativa y, medio en broma y medio en serio, le dijo a Kim que no entendía por qué enviaba de nuevo al campo

a un provinciano, que vino a la ciudad expresamente en busca de contactos con el movimiento.

Xinantun era una pequeña aldea, situada no lejos de la carretera Jilin-Changchun, fundada y promovida como “ideal” por personalidades patrióticas de Corea. Transformándola por vía revolucionaria, se podía abrir el primer sendero para entrar en las masas campesinas.

Cha pensaba qué podría hacer él en una remota aldea, tan pequeña como la palma de su mano, mientras otros, aún no satisfechos con realizar intentos en grandes ciudades, se dirigían con mucho ruido a la Internacional.

Viéndolo incapaz de liberarse del concepto preestablecido, aunque sentía desilusión por la anticuada manera de hacer el movimiento de los arcaicos nacionalistas y fraccionalistas, Kim le explicó:

—Es un error creer que solo en las grandes ciudades se puede hacer la revolución. Debemos ir adonde está el pueblo, no importa que sean ciudades o remotas áreas rurales. Los campesinos representan la absoluta mayoría de la población de nuestro país. También los coreanos radicados en Manchuria viven mayoritariamente en el campo. Sin compenetrarnos con ellos, no podemos movilizar al pueblo para la tarea de la restauración de la patria, ni esperar la victoria del movimiento comunista en Corea. Yo también iré a trabajar en el campo después de terminar

mis estudios...En el presente, todos los que pretenden hacer el movimiento van hacia arriba, de las áreas rurales a las cabeceras locales, de éstas a la capital y de allí a la Internacional... Creen que sólo de esa manera pueden entrar en la fila de personalidades y obtener ese ansiado reconocimiento. ¿Qué ocurriría si quienes pretenden hacer la revolución para las masas proletarias se alejan de éstas y sólo suben y suben? Nosotros sí vamos a bajar, a compenetrarnos con obreros y campesinos.

“¡No vamos a subir, sino a bajar!”

Con una expresión seria, Cha Kwang Su repitió para sí mismo estas palabras, y al cabo de un largo rato de meditación exclamó, mientras descargaba un puñetazo sobre la mesa:

—¡Realmente es un descubrimiento ingenioso!

Se marchó a Xinantun, donde logró revitalizar la escuela Kilhung, que estaba a punto de cerrar la puerta, y con ella como base se empeñó en inculcar la idea antijaponesa y la conciencia revolucionaria a amplias masas.

Adonde fuera, se entendía con facilidad con la gente local, gracias a su rasgo popular. Lo seguían y respetaban mucho por su carácter abierto, sus ricos conocimientos y ser buen orador. Y no tardó en formarse en la aldea la conciencia y el espíritu revolucionarios.

A principios de septiembre de 1927, Kim Il Sung visitó la escuela Kilhung donde Cha estaba de maestro.

Tras intercambiar saludos en el campo de deportes, conoció sobre la composición de los aldeanos, sus tendencias ideológicas y el trabajo de la filial de la Unión de la Juventud Antimperialista. No se puede esperar éxitos en la conquista de las amplias masas a través de un trabajo monótono, dijo y añadió que produciría efectos deseados si se lo hacía de diversas formas en atención a las características y nivel de preparación de las personas y conforme a la concreta circunstancia y situación.

Dijo que si se quería conquistar a los ancianos, sería buena la forma de educar primero a uno o dos que fueran prestigiosos e influyentes y a través de ellos a otros viejos recalcitrantes. Le enseñó minuciosamente la manera de habilitar en la aldea un local donde un anciano ya educado invitaría a otros para darles la enseñanza. A la hora de conversar con los ancianos, deben hacerlo con habilidad: no tratar de inculcarles a la fuerza la conciencia revolucionaria desde el primer instante, sino explicarles con amabilidad, como si fuera un cuento, los asuntos íntimamente relacionados y muy importantes para la vida y en el momento oportuno dirigirles algunas palabras para despertar su conciencia de clase.

El maestro dio una fuerte palmada en la rodilla y con suma alegría dijo que ya sabía por dónde comenzar a desenredar la madeja y que él lo tendría bien presente.

Con posterioridad él realizó méritos inapreciables en las tareas



para preparar el camino del movimiento de jóvenes y estudiantes, acelerar el proceso de concientización revolucionaria de las masas y echar los cimientos de la Lucha Armada Antijaponesa.

Como fruto de abnegados esfuerzos y sacrificios de los jóvenes comunistas coreanos, el 25 de abril de 1932 se proclamó la fundación de la Guerrilla Popular Antijaponesa en un terreno elevado del valle Tuqidian de Xiaoshahe del distrito Antu.

Kim Il Sung nombró jefe del Estado Mayor a Cha Kwang Su, de procedencia intelectual, quien fiel a su juramento se consagraba de lleno a la revolución. Éste se entregó por entero para cumplir con su importante cometido.

Poco tiempo después de fundada la guerrilla, se preparaba para una expedición a Manchuria del Sur según la estrategia de su Comandante.

Cha se le apareció con aire serio y le propuso:

—Camarada jefe, ¿qué le parece si partimos de Xiaoshahe, dentro de algunos días, a propósito de la expedición? No es bueno que convoyes del enemigo pasan a menudo por la carretera cercana y, además, se siente gran escasez de alimentos. ¿Cómo Xiaoshahe, con sus cuarenta hogares, podrá seguir sustentando más de cien bocas suplementarias, por muy generosa que sea?

A lo cual el Comandante le preguntó:

—Camarada jefe de Estado Mayor, ¿qué le parece probar un combate, ya que nos alzamos en armas?

—¿Un combate?

—**Sí, con la unidad formada, hay que empezar la batalla. No hay por qué permanecer con los brazos cruzados, observando de cerca el movimiento del enemigo. Marcharemos cuando se nos antoje, pero, después de hacer sonar una vez los tiros en tierras de Antu. Sin combates, no se puede hablar de forjar a los soldados. Si los organizamos bien, podremos conseguir los materiales necesarios para la expedición.**

Cha aceptó de buena gana su propuesta e inmediatamente salió a la carretera, junto con un oficial, para una exploración topográfica. Fue un reconocimiento para elegir el lugar adecuado para una emboscada. Propusieron tenderla en el paso de la montaña Xiaoyingzi, que se hallaba en la zona intermedia entre Antu y Mingyuegou, para abalanzarse sobre una tropa de transporte. El Comandante, diciendo que la sugerencia estaba acorde con su proyecto, la apoyó con entusiasmo.

Informado oportunamente, por medio de una organización local, del movimiento de una unidad de transporte enemiga, trazó un minucioso plan de operación y le impartió a Cha la orden de organizar el combate de la unidad y los preparativos de la marcha.

Concluidos todos los preparativos, bajo su mando el destacamento realizó una marcha forzada nocturna hacia el paso Xiaoyingzi, que distaba en línea recta a 16 km de Xiaoshahe, donde se apostó a ambos lados del camino y para poder distinguir

al enemigo de los suyos, se ató al brazo la toalla blanca.

Tal como previno el Comandante el convoy llegó avanzada la noche. En vísperas de esa primera batalla, tanto los oficiales como los soldados del destacamento estaban muy tensos y excitados.

Cuando la columna formada por 12 trineos tirados por caballos entró en el área de la emboscada, el Comandante disparó con la pistola. Casi simultáneamente sonaron disparos y gritos, estremeciendo todo el valle.

Al cabo de diez minutos de fuego, se lanzaron al ataque y concluyeron la pelea en un santiamén. El enemigo se rindió, con más de diez bajas entre muertos y heridos.

Aquella noche volvieron a Mazhoutun, con diez trineos cargados de trofeos: 17 fusiles, una pistola, gran cantidad de harina, suficiente para un mes de consumo de cien hombres, telas, botas, entre otros. Resultó abundante teniendo en cuenta que era el primer combate.

Pasada la medianoche, encendieron una hoguera en medio del patio, y sentados en derredor comieron bolitas en la sopa, hechas con esa harina. Fue un modesto banquete para festejar el triunfo inicial.

Cha Kwang Su, que miraba fijamente la fogata, dejando correr las lágrimas por debajo de sus lentes de miope, tomó con fuerza las manos del Comandante, y exclamó con voz ronca:

—Mira, Song Ju, el enemigo no fue un hueso difícil de roer.

Poco después, con los lentes en la mano, usó de la palabra, haciendo gestos.

—Compañeros, hemos dado el primer paso. Hemos logrado la primera victoria. ¿A quiénes pertenece el triunfo? A nosotros, que estamos aquí sentados. Si tomamos el fusil, tenemos que disparar con él y triunfar. ¿No les parece? Esta noche eliminamos un convoy. Esto no pasa de ser una escaramuza. Pero significa el inicio de nuestra gran empresa. En otras palabras, un pequeño arroyo, nacido en una profunda y remota montaña, comenzó a correr hacia el inmenso mar.

Todos, llenos de júbilo y emoción por la primera victoria, contemplaron a Cha, quien prosiguió:

—Camaradas, ¡qué provechoso es combatir! Nos proporcionó armas, víveres, ropas, calzado... Esta noche he aprendido una grande y profunda verdad dialéctica. Ahora repartiremos los fusiles arrebatados al enemigo. Y con estos acabaremos con otros enemigos. Tendremos más armas y alimentos. Contaremos con ametralladoras y cañones. Llenaremos los talegos de arroz y marcharemos con vigor. A los imperialistas japoneses les arrebataremos armas y alimentos, como lo hemos hecho hoy hasta derrotarlos definitivamente. Este será nuestro modo de vivir y luchar.

Terminado su discurso, el Comandante fue el primero en aplaudir. Todos expresaron su aprobación con entusiastas

aplausos.

Con el ánimo redoblado, el destacamento partió de Xiaoshahe y emprendió la expedición a Manchuria del Sur. Cerca de Erdaohaihe del distrito Antu se enfrentó sorpresivamente con una tropa japonesa y la aniquiló en un combate cruento. También restauró organizaciones revolucionarias en varias zonas, engrosó la tropa armada y obtuvo éxitos en el trabajo con las unidades del Ejército independentista.

Transcurrido medio año de la fundación de la guerrilla, Cha Kwang Su que había avanzado a Dunhua al mando de un grupo bajo la orden del Comandante retornaba a la comandancia tras cumplir la misión y vio que una tropa enemiga iba delante de ellos en dirección a la Comandancia.

Pensó que si la dejaban, la Comandancia correría el riesgo y por tanto había que defenderla a todo trance.

Con otros compañeros atacó a los enemigos. Al principio, estos, aturdidos, se limitaban a defender, pero no tardaron en comprender la situación real y se abalanzaron contra los guerrilleros.

Mientras estemos vivos, debemos defender el gran Sol de la revolución coreana, pensando así Cha alentó a sus soldados a que aniquilaran sin clemencia al enemigo, que se le abalanzó desesperadamente a sabiendas de que la pequeña unidad estaba comandada por el jefe del Estado Mayor de la guerrilla.

Disparó hasta la última bala contra él. En sus últimos momentos

le acudió a la memoria la afectuosa imagen del Comandante y le dolió el no poder seguir desempeñando sus funciones de su primer colaborador y de jefe del Estado Mayor de la guerrilla.

Pero enfrentó la muerte con la frente bien alta, confiando en la victoria de la revolución coreana y deseando el bienestar al General, destino y futuro de Corea.

Las excelentes cualidades que él demostró en los albores de la revolución coreana, entre ellas la lealtad incondicional a su líder, el alto sentido de responsabilidad ante la revolución y el amor al porvenir, se conservan intactas en los corazones del pueblo coreano.

---

---

## **El veterano de cien victorias y la boquilla de ámbar**

Los coreanos, entre ellos los historiadores, llaman a Choe Hyon veterano de cien victorias.

El “hombre temerario” que se menciona a menudo entre los materiales secretos dejados por los imperialistas japoneses, es precisamente el calificativo que ellos le pusieron a Choe Hyon. Los soldados y policías japoneses temblaban de miedo sólo al oír de la cercanía de la “unidad de Sai Ken”, palabra que se haría sinónimo del invencible general.

Él era un hombre de carácter típicamente militar. Nació en un lugar inhóspito de la extraña tierra de Jiandao en 1907, cuando el destino de la nación se acercaba al borde de la tragedia, de la ruina.

Los padres de Choe Hyon, quien vino al mundo en tierras sacudidas por las furiosas olas de una crisis económica con una fuerza destructora inaudita, se sintieron angustiados pensando en el porvenir de la criatura. El Levantamiento Popular del Primero de Marzo y la tremenda “punición” de Jiandao fueron acontecimientos dramáticos que hicieron hervir la sangre adolescente de Choe Hyon.

Durante la “punición” él perdió a la madre y junto con su padre se trasladó a Primorie.

En aquellas desesperantes y tenebrosas horas guardó como único hilo de esperanza la existencia del Ejército independentista empeñado en la resistencia armada en una parte de Jiandao.

Hong Pom Do e Im Pyong Guk fueron sus precursores y maestros. Su infancia se conectó inseparablemente con las acciones de esos veteranos comandantes, bravos e indomables. De ellos aprendió el arte de tirar y cabalgar.

Desde que tenía once años, cumplió tarea de enlace en el Ejército independentista.

Cuando aquel irreprochable jinete de diez y tantos años y de cuerpo frágil y diminuto atravesaba los campos sobre su caballo a la velocidad de una flecha, hasta los rusos le miraban con admiración y envidia.

Derrotado el Ejército independentista, ingresó en la Federación General de la Juventud en Manchuria del Este. Se podría afirmar que en ese tiempo cambió de rumbo, pasando del movimiento nacionalista al comunista. Este proceso se aceleró durante los más de siete años de reclusión en la prisión de Yanji. En 1925 las despóticas reaccionarias autoridades militares lo encarcelaron de repente y como involucrado en un caso de recaudación de donaciones, lo sentenciaron a una pesada pena, a cadena perpetua.

Luego de que se aplacaran las oleadas de la rebelión del 30 de

mayo, la Huelga de Cosecha y la de Miseria Primavera, la prisión de Yanji se llenó con los precursores de la revolución en Jiandao y otros patriotas que guiaron a las masas en la lucha. La pequeña comunidad de estos hombres animosos y optimistas que aunque privados de libertad siguieron conduciéndose con dignidad, con la frente en alto, le sirvió a Choe Hyon de escuela y fragua para su formación y desarrollo. Ingresó en la unión antimperalista y la guardia roja, organizaciones clandestinas dentro del presidio, llamado por las despóticas autoridades militares prisión No.4 de Jilin. Los sufrimientos en la cárcel hicieron que el antes enlace del Ejército independentista dejara de ser nacionalista y se convirtiera en un completo comunista.

En todas las zonas guerrilleras de Manchuria del Este fueron ampliamente divulgados episodios e historias de acciones riesgosas protagonizadas por él en la cárcel de Yanji.

Su vida tras las rejas comenzó por el enfrentamiento con el “Gangtour”, “rey” de su celda, un criminal muy dado a vejar a los demás. Cada vez que llegaba uno nuevo, le despojaba de todas las pertenencias. A otros les quitaba los alimentos para llenar su panza.

Un día, para darle una lección, Choe Hyon sacó una caja de cigarros, de calidad superior, encendió uno y ofreció a los demás. Pero, no le dio al “Gangtour”. Fue un callado desafío para irritarlo.

Efectivamente, el “Gangtour”, disgustado, ordenó a Choe Hyon

que le entregara todas sus cosas. Al verlo soltar una abundante bocanada de humo, sin prestarle atención, el delincuente perdió el control y quiso pegarle. En ese instante, Choe Hyon casi voló por encima de las cabezas de algunos presos y le descargó los dos puños esposados en pleno rostro. Y le gritó:

—Canalla, ¿por quién me tomas? No hay ser más feroz y criminal que tú. Afuera asesinaste y en la prisión no dejas en paz a tus pobres hermanos. Tú, igual que nosotros, eres hijo de gente humilde, ¿no es así? Esta vez seré indulgente contigo. Pórtate bien. Desde ahora tú ocuparás aquel sitio cerca del retrete y éste de arriba es mío.

El “Gangtour”, dándose cuenta de su impotencia, fue a sentarse sumisamente junto al retrete, con las piernas recogidas. Los reclusos, liberados de su tiranía, comenzaron a respetar y seguir a Choe Hyon como su salvador.

Poco tiempo después de que Choe Hyon fuera condenado a cadena perpetua, las autoridades militares con frecuencia organizaron visitas de los alumnos de las escuelas de la ciudad de Longjing a la prisión. Con este método perseguían enervar la conciencia revolucionaria y el ímpetu de lucha de los jóvenes estudiantes de la zona, entre los cuales surgieron organizaciones políticas y las antijaponesas contra los militares despóticos que desarrollaron intensas actividades.

Choe Hyon comunicó a todas las celdas que prepararan

jeringas, y mientras los estudiantes recorrían las instalaciones, hizo que tiraran el agua pestilente de los retretes a los maestros reaccionarios y los carceleros que los guiaban, a la vez que les gritaban: “Canallas, ¿qué quieren mostrarles a los estudiantes?”.

Ante esta inusitada humillación, los maestros reaccionarios se retiraron a toda prisa, llevándose a sus discípulos.

Las autoridades del penal fracasaron en su empeño de descubrir al instigador porque todos los reclusos se declararon responsables del acto.

Durante su encerramiento en Yanji, Choe Hyon desempeñó diversos oficios en los talleres que funcionaban allí: zapatero, litógrafo, sastre, carpintero y barbero. Independientemente del lugar y de lo que estaba haciendo, no toleraba que nadie le maltratara ni ofendiera, y contrarrestaba con fiereza. En una ocasión, por haber tratado de hacer piezas de ajedrez con aladierna, madera destinada a la confección de mesas y sillas, fue zurrado brutalmente por el capataz de los talleres. Este individuo consideraba como algo natural pegar a los presos. Indignado, Choe Hyon le descargó tremendos golpes con la pata de una silla que iba a montar. Le impusieron como castigo una semana de confinamiento, pero a partir de este suceso el capataz no se atrevió más a tratar con violencia a los presos.

De las acciones de Choe Hyon dentro de la prisión, las más espectaculares resultaron las evasiones. Junto con algunos

camaradas, propició exitosamente la huida de su anterior jefe en el Ejército independentista y de otros revolucionarios. Estar dispuesto a prenderse fuego y a arrojarse desde un alto precipicio para apoyar y defender lo justo, era una expresión del inflexible espíritu de Choe Hyon, un carácter fogueado en medio de mil peripecias.

Después de salir de la prisión ingresó en la guardia roja de Taiyangmao, Badaogou del distrito de Yanji, y superando incontables pruebas, entró en el Partido Comunista, siendo promovido como comisario de compañía en la guerrilla de Yanji.

Su primer encuentro con Kim Il Sung tuvo lugar en septiembre de 1933, poco después del asalto a Dongningxiancheng.

Por un descuido del enlace, no pudo recibir a tiempo la orden de participar en la operación, y cuando llegó a Macun era tarde, la batalla había concluido. Al enterarse de esto se apenó mucho. Llenó de las más duras injurias al enlace en cuestión. Luego, más calmado, se dirigió al General:

—Participaron todos, tanto los de Wangqing como los de Hunchun, e incluso esos del Ejército de salvación nacional. Únicamente los bobos de Yanji no pudieron pasar ni siquiera el umbral de esa ciudadela, y se quedaron aquí sin hacer nada, lo que me irrita insoportablemente. Estimado Comandante Kim Il Sung, ¿no planea otro asalto?

**—Soy joven, no me diga “estimado”. Llámeme simplemente**

**Kim Il Sung.**

Al escuchar sus palabras el veterano combatiente se sobresaltó como si hubiera ocurrido algo grave y le dijo:

—¿Aquí qué tiene que ver la edad? Para mis adentros hace tiempo que lo situé en la más alta jerarquía del ejército coreano. Por eso, resulta lógico que le trate con estima.

**—Si los alaban así, los jóvenes se vuelven pronto arrogantes y autosuficientes. Sepa que de seguir enaltecíendome, no volveré a tener más trato con usted.**

—¡Oh, no tanto! Usted no es menos tenaz que yo, que lo soy bastante. Lo trataré como quiere.

Tal fue su primer encuentro. Solicitándole organizar otro combate, Choe le añadió:

—Ya que lo pasado pasó, desearía quedarme en Wangqing dos días para hablar con usted, Comandante Kim. Me temo que le moleste.

El Comandante aceptó su propuesta con gusto y los dos pasaron una larga noche hablando.

A la mañana siguiente, de un puesto de centinelas llegó a la comandancia el aviso de que los enemigos atacaban la zona guerrillera. El Comandante ordenó a la unidad ocupar posiciones en una cota, y dirigiéndose hacia allí, le pidió en tono de disculpa que lo esperara en el albergue hasta que volviera del combate.

Choe Hyon se puso de pie como impulsado por un resorte.

—¡Que yo espere cuando se presenta una oportunidad tan buena! Si me quedo aquí, si no salgo con usted, Comandante Kim, ya no seré Choe Hyon. Hasta el cielo ha reconocido a este Choe Hyon. Déjeme ir a la cota, pues mi deseo es pelear siquiera una vez bajo su mando.

—Si ese es su deseo, vamos a pelear juntos.

Sin dejar de sonreír satisfecho, subió con él a la loma.

El adversario no avanzó hasta la línea donde los guerrilleros lo aguardaban emboscados, se limitó a disparar a ciegas, desde lejos. Después comenzó a quemar los almiarés obtenidos al precio del sudor y la sangre de los pobladores de la zona guerrillera.

El Comandante colocó a los guerrilleros en posiciones de francotiradores para castigar implacablemente a los agresores. Luego dijo a Choe Hyon:

—He oído que es usted un tirador infalible. A ver su maestría.

Cogió un fusil y de un disparo tumbó a un enemigo que con una antorcha en la mano se acercaba a un almiar. Había una distancia de unos 500 metros, pero con cada tiro derribaba a uno.

—¿Se siente algo aliviado de no haber podido participar en el asalto a Dongningxiancheng? —El General le preguntó al terminar el combate, pero movió la cabeza, tragando en seco:

—Sí, un poquito, pero no satisfecho.

Aquella noche volvieron a conversar, sin dormir, sobre las tareas inmediatas de la revolución coreana y las vías para



cumplirlas. Choe se mostró muy satisfecho con el resultado de las pláticas.

—Ya se aplacó algo mi pena por no haber podido tomar parte en el asalto a Dongningxiancheng. Si no pude seguirle a esa cabecera distrital, por lo menos de Macun me voy bien recompensado.

En la despedida el General le obsequió como recuerdo de su primer encuentro unos botines de la mencionada batalla: 4 mosquetones y una boquilla de ámbar.

Aquella boquilla fue el más amado e inseparable de sus objetos personales.

Cada vez que se sumía en intensas meditaciones de las que dependía la situación en los combates y las zonas del frente, de su boquilla se levantaba una verdadera nube de un tabaco muy fuerte.

Participó en cientos de combates y escaramuzas, entre ellos los que se libraron en Sandaogou, Wudaogou, Xiaotanghe, Huanggouling, Jinchang, Pulgunbawi, Komuijari, Jiansanfeng, Naerhong, Laojinchang, Mujihe, Fuerhe, Weitanggou, Tianbaoshan, Dashahe, Dajianggang, Yaocha y Hancongou. Durante la Lucha Armada Antijaponesa estuvo varias veces al filo de la muerte en la ultraizquierdista lucha anti-Minsaengdan y por las epidemias, pero ninguna de ellas pudo postrar a ese hombre de hierro.

El amor y la confianza de un hombre grandioso le dieron

esperanza en la vida, el ánimo y el coraje. Lo demuestra un hecho acaecido hace más de 80 años en el campamento secreto de Mihunzhen.

En aquel entonces él padecía de la tifoidea y estaba sometido a la cuarentena en un vivaque. Al informarse de que sus queridos combatientes estaban enfermos, Kim Il Sung los visitó aunque los compañeros de la intendencia trataron de disuadirlo.

Choe Hyon se levantó a duras penas del lecho, se arrastró a gatas hacia la entrada y agitó sus brazos mientras lo miraba con ojos febriles.

El visitante le dijo:

—Me parece demasiado fría la acogida que me dan aquí, en Mihunzhen. Vengo a ver a Choe Hyon, pero él no me deja pasar ni el umbral. ¿Dónde se habrá visto un trato tan hosco?

A pesar de su broma, Choe Hyon se mantuvo en sus trece.

—Aunque diga que somos malos anfitriones, no hay otra forma. ¿No sabe usted que está ante la puerta del infierno?

—¡Oh! No sabía que Choe Hyon, quien alardea haber disparado 100 sacos de balas es tan quejumbroso. ¿Cómo entró el tifus en el cuerpo de Choe Hyon tan duro como un Hércules?

Sentándose a su cabecera, le tendió la mano y él metió presurosamente las suyas bajo la manta, diciéndole:

—No toque mi cuerpo, está cubierto de microbios del tifus. ¿Por qué ha venido a este maldito Mihunzhen que parece una

incubadora de enfermedades?

El visitante le dijo que vino al lugar porque quería ver a Choe Hyon. Metió su mano por debajo de la frazada y cogió fuertemente y no soltó en un buen rato, la del enfermo, caliente como una hornilla.

Los ojos de Choe Hyon se empañaron como un niño.

—No valgo tanto como para que usted... Creía que me iba al otro mundo sin verlo.

Un momento antes le imploraba que no se le acercara, pero ahora no quería soltar su mano, agarrándola como con tenazas.

Luego Choe Hyon se liberó de las garras de la enfermedad y sus sentimientos de lealtad y veneración al Comandante se hicieron más intensos.

También durante la lucha contra “Minsaengdan” de carácter ultraderechista efectuada en Manchuria del Este, pudo conservar su vida política gracias al abnegado bregar del General para mantener los principios autóctonos de la revolución coreana.

Ilimitada fue la confianza de este hacia el veterano de cien victorias, quien de jefe de compañía de la guerrilla fue promovido como jefe del primer regimiento de la primera división del recién fundado Ejército Revolucionario Popular de Corea y, tras la liberación del país, jefe de cuerpo del Ejército Popular de Corea y ministro de Defensa Nacional de la República. Como militar hasta los últimos momentos de su vida, realizó destacados méritos para

el fortalecimiento de la capacidad militar del país y la defensa nacional.

Mientras llevaba una vida nada ordinaria y sufría pruebas indecibles, cuidó como la niña de los ojos la boquilla de ámbar que le había obsequiado Kim Il Sung.

A su alrededor rondaban no pocos fumadores que ansiaban poseer ese objeto. Para arrebatársela no repararon en medios y métodos: algunos recurrieron a la fuerza física, otros a dulces palabras; hubo quienes le propusieron intercambio material y los que más la codiciaban trataron de sustraerla de su bolsillo si estaba borracho. Todas las tentativas fracasaron.

Actualmente está expuesta en el Museo de la Revolución Coreana. Los funcionarios del Museo creyeron que con unas cuantas palabras podrían persuadir a Choe Hyon y obtenerla sin dificultad. Pero se equivocaron. Al darse cuenta de que querían quitarle la boquilla que conservaba desde hacía varios decenios con tanto amor como si fuera más preciosa que cualquier perla o lingote de oro, se puso muy colérico y los expulsó.

—¿Se atreven a decirme eso? ¿Quieren exponer en un museo la boquilla de este Choe Hyon? Pues no es de todo el pueblo sino me pertenece a mí solamente. Me la dio nuestro General para que la utilizara. No es propiedad común que pueda ver y tomar cualquiera. Si de todas maneras quieren algo de mí, llévense mi bigote.

Aunque bramaba y se oponía tan impetuosamente como para aturdirlos, los funcionarios no perdieron la esperanza, le visitaron incansablemente. A la quinta vez lograron convencerlo. El veterano general que unos días atrás les gruñía como un tigre, pareció otro, los trató con amabilidad.

—Desde hoy esta boquilla no me pertenece, es propiedad de todo el pueblo. Esperen hasta que yo fume con ella por última vez.

Le puso un cigarro, lo encendió con un fósforo y comenzó a aspirar con deleite bocanadas de humo que soltaba al aire lentamente. Los ojos entrecerrados del veterano general miraban el infinito cielo del norte. Bajo éste se encontraban Macun, impregnado con la historia de su primer encuentro con el Comandante, y los campos de batallas saturados de la humareda de la época guerrillera, que recorrió incansablemente, hasta casi los 40 años, llevando a la cintura una pistola ametralladora.

---

## Del “niño” sirviente al guerrero temible

“...Alárgueme la vida cinco minutos más.”

Fue lo que dijo Choe Chun Guk, jefe de división del Ejército Popular de Corea y mortalmente herido mientras dirigía la batalla de liberación de Andong durante la Guerra de Liberación de la Patria, para dejar su última voluntad de que ejecutaran a toda costa la orden del Comandante Supremo.

En sus reminiscencias En el transcurso del siglo (tomo VI de la Revolución Antijaponesa), el gran Líder Kim Il Sung lo recordó:

**“Un hombre infinitamente tierno y férreo, así era Choe Chun Guk, valeroso comandante antijaponés.”**

Comenzó su vida como apátrida y objeto de desprecio y humillación.

Perdió a la madre a los dos años, sirvió a la tierna edad como criado en una casa ajena y más tarde sufrió en distintas obras de construcción. Fue en septiembre de 1930 cuando ese joven maltratado como una piedra cualquiera del camino dio un gran vuelco en su vida.

Un día, Kim Il Sung, que estaba en la región de Onsong para dirigir las labores de las organizaciones clandestinas en el país, visitó el cantón Mipho donde se tendía el ferrocarril.

Luego de intercambiar saludos con los trabajadores, laboró con ellos para darles influencia revolucionaria y despertar su conciencia de clase.

Mientras conversaba con ellos en un receso, vio a un joven parado con recato al borde de la multitud acercársele y hacerle reverencia con una actitud afectada.

Era Choe Chun Guk quien acababa de incorporarse a la Unión de la Juventud Antimperialista. Por ser parco en palabras y tímido como la muchacha recién casada, lo llamaban “niña”.

Sentía una atracción irresistible al Comandante y ansiaba luchar a su lado. Bajo su confianza formó parte de una organización partidista de la zona de Onsong.

En primavera de 1932 se alistó a la Guerrilla Popular Antijaponesa y antes de que pasara un año fue nombrado por el Comandante como comisario político de compañía. Él suplicó lloroso que lo dejaran como simple soldado, pues estando todavía poco preparado, no podía ser comisario político encargado de instruir a otros, que la única cosa que podía hacer con plena confianza era golpear a los japoneses y sus esbirros.

El Comandante comprendía lo que él decía. Se levantó despacio y se le acercó para decirle que para un cuadro político lo más importante era instruir a todos los combatientes para que lucharan hasta el fin contra el imperialismo japonés y los terratenientes, que la guerrilla no era una tropa compuesta no por

intelectuales sino por obreros y campesinos, cuyo núcleo eran aquellas personas explotadas y oprimidas más cruelmente, que él había sido nombrado como tal porque era una de ellas y que estas tenían un alto espíritu revolucionario como nadie y que luchaban sin doblegarse hasta el fin.

Siguió diciéndole que sembrara en el corazón de los combatientes su amor al país y sentimiento de odio a los imperialistas japoneses, lo que significaría cumplir con satisfacción el deber de comisario político. Y entregándole una libreta de apuntes escribió en la primera página: **“Hay que estudiar aun escribiendo sobre la tierra”**.

Desde entonces se aplicó más que nadie en el estudio y los ejercicios militares. A la vez que aprendía las letras coreanas, estudió por sí solo los caracteres chinos.

Ocurrió algo por que decidió aprenderlos con prisa.

Un día, ignorando el sentido de la palabra “Ijonghwaryong”, vino a preguntárselo al Comandante. Cuando este le explicó qué significaba y cómo pronunciaba cada uno de los caracteres, murmuró: “¡Qué raros son los caracteres chinos! Lástima que no los pude aprender en una escuela privada”. Él siempre llevaba en la mochila un diccionario chino-coreano y nunca dejó de estudiarlo.

Hizo cuanto pudo para poseer cualidades propias del comisario político de compañía. En una visita a su compañía, el Comandante

le enseñó que el comisario político debía saber bailar y cantar bien para hacer de su tropa una unidad animosa y optimista.

Cada noche salía y a escondidas ejercitaba el baile. Tan enfrascado en esa tarea estaba que una madrugada una cocinera de la compañía, al presenciar por casualidad esta escena, corrió a ver al jefe y con una voz de susto le dijo al oído que el camarada comisario político no andaba bien de la cabeza. El jefe rió tanto que le dolió la cintura.

El Comandante también prestó atención a la tarea de formarlo como oficial genuino dotado de nobles cualidades morales. A tal efecto, a veces recurría a duras reprimendas. Y en cada una de ellas él aceptaba de corazón sus errores y se esforzaba mucho para rectificarlos.

Como era una persona tan honesta y abnegada, el Comandante solía encargarle a su compañía tareas más difíciles y él las cumplía de modo puntual e irreprochable.

Por esta confianza, al Comandante se le convirtió en un hábito dejarlo en su lugar cada vez que se ausentaba, y enviarlo a importantes lugares donde él no podía ir.

Lo siguiente sucedió cuando él era comisario político del regimiento de escolta en Manchuria del Sur.

Al pasar con su regimiento por la cercanía de un importante punto militar del enemigo, fue informado por los exploradores de que allí se estacionaban sólo varios cientos de efectivos del

ejército y policía títeres manchúes. Entonces escribió al jefe del ejército adversario una carta con el contenido siguiente:

“... Nosotros no consideramos a los chinos como enemigos y mucho menos queremos hacerlo. No tenemos deseo de pelear contra ustedes, por tanto, dejen de ofendernos. Lo que necesitamos ahora es descansar. Descansaremos un rato en su fortificación de barro y les advierto que no traten de molestarnos...”

Por conducto de un enlace ellos prometieron satisfacer la petición de la guerrilla y rogaron que esperara treinta minutos más. Durante este tiempo dejaron vacía la fortificación y se refugiaron en el monte detrás de la ciudadela. Lo hicieron porque de lo contrario no habrían tenido pretexto para evadir la responsabilidad que más tarde les habría exigido el ejército japonés por haber dejado pasar a la guerrilla.

El regimiento de Choe Chun Guk entró en la ciudadela, donde descansó y realizó trabajo político entre los pobladores.

Al oscurecer, las tropas títeres manchúes comenzaron a silbar, con impaciencia. Querían hacer que la guerrilla comprendiera su delicada y difícil situación, pues les inquietaba que apareciera el ejército japonés, pero no se atrevían a pedirle que se fuera.

Choe Chun Guk dio la orden de partida a la unidad y dejó un recado al jefe de la tropa títere: “...Le agradezco por habernos facilitado un buen descanso. Espero que considerándonos como amigos seguirá ayudándonos. No hay duda de que el imperialismo

japonés, enemigo común de los pueblos coreano y chino, será derrotado y nuestros pueblos triunfarán. ...”

Con estos procedimientos mantuvo en su puño a muchas unidades del ejército títere manchú y las orientó a la lucha antijaponesa. Lo asombroso era que él mismo escribía en chino la mayor parte de estas cartas.

Desde el comienzo de la segunda mitad de la década de 1930 hasta el final, en permanente recorrido a lo ancho y largo de extensa Manchuria del Sur y del Norte ayudó de manera activa y directa a las actividades de las unidades guerrilleras chinas de las Fuerzas Unidas Antijaponesas. Por eso, fue respetado como internacionalista por los habitantes y los camaradas revolucionarios chinos. En todas partes los amigos chinos elogiaron con profundo sentimiento de afecto y respeto sus méritos consagrados al internacionalismo proletario y la amistad coreano-china.

Bajo la influencia del gran Líder Kim Il Sung, se consagró, en lo espiritual y físico, a la revolución y se fue forjando a sí mismo en todo el curso de la lucha antijaponesa como un comandante competente y hábil en la guerra de guerrillas y un político impecable, lo que hizo de él un intrépido comandante antijaponés, conocido en aquel tiempo por toda Manchuria del Norte y el Sur.

Pero, siempre hacía trabajos tranquilamente y con perseverancia tal como era su carácter modesto. He aquí un interesante episodio que testimonia un bello rasgo humano suyo.

Después de la liberación del país del 15 de agosto de 1945, cuando acababa de contraer matrimonio, un compañero de armas visitó su casa y preguntó en broma a su esposa si le gustaba el marido. Ella, sonriendo tímidamente, respondió con una pregunta: que si era verdad que su esposo había participado en la lucha guerrillera. Y luego le contó lo que había ocurrido unos días antes, durante un acto deportivo de la unidad del marido.

Fueron invitados también los familiares de los militares. Ella se puso un vestido de gala y se fue a ver las competencias. Por la noche, al regresar a casa el esposo le preguntó malhumorado:

—¿No tienes otra ropa mejor? Te has presentado ante toda la unidad con un vestido de tela de cáñamo...

Ella se echó a reír al oír la palabra “cáñamo”, porque su marido no sabía distinguir la fina tela de ramio de la tosca de cáñamo.

—No es de cáñamo, sino un tejido llamado ramio. Para el vestido de verano no hay otra mejor tela que ésta.

—¿Es verdad?!

Choe Chun Guk quedó perplejo y se ruborizó. Se disculpó ante su esposa.

Refiriéndose a lo que ocurrió ese día la esposa dijo que no comprendía cómo su marido, una persona tan tímida y bondadosa, tuvo la audacia de luchar contra los japoneses.

El interlocutor soltó una carcajada y dijo en serio:

—Señora, es correcta su opinión sobre su esposo. El

compañero Choe Chun Guk es verdaderamente un hombre tímido y honesto. Por otra parte, es un hombre ilimitadamente firme. Si mira atentamente su pierna izquierda, verá una cicatriz. Una bala le quebró un hueso de esta pierna y yo le operé y di puntos sin anestesia, y él soportó sin ningún quejido el tremendo dolor. Su esposo es un hombre tan dócil como una oveja con el pueblo y los camaradas, tan terrible como un tigre ante el enemigo, y tan duro como el acero ante las dificultades. Con el tiempo, viviendo juntos muchos años comprenderá cuán férrea persona es.

Sin embargo, su vida conyugal que parecía duraría muchísimos años, tal como dijera este compañero de armas, fue corta.

Inmediatamente después de la liberación, con esa pierna izquierda, algo más incómoda como consecuencia de la fractura de un hueso en la guerra antijaponesa, se esforzó con abnegación por el aumento del poderío militar del país recorriendo decenas de miles de ríos y en la época de la Guerra de Liberación de la Patria luchó como jefe de división.

El 30 de julio de 1950, a poco más de un mes de haber estallado la Guerra de Liberación de la Patria, Choe Chun Guk, al frente de la división de infantería No12, dirigía la batalla de liberación de Andong cuando fue herido gravemente en un lugar cerca de la ciudad. Cuando se le acercó a toda carrera el jefe de Estado Mayor, estaba acostado en un vehículo parado al borde del camino. Su vida pendía de un hilo. Apenas abrió los ojos a

repetidas llamadas del jefe de Estado Mayor, imploró al médico que le alargara la vida cinco minutos más.

En esos últimos cinco minutos, reuniendo toda su energía, explicó en detalle al jefe de Estado Mayor su proyecto operativo para cercar y aniquilar al enemigo de Andong.

—Le ruego que en mi lugar ejecute la orden del camarada Comandante Supremo.

Fue el testamento que, tomando la mano de jefe de Estado Mayor, pronunció en el momento de expirar.

Con motivo del vigésimo aniversario de la fundación de la República Popular Democrática de Corea se le otorgó el título de Héroe de la República. Más tarde, en su tierra natal Onsong, en la ribera del río Tuman, donde él, aún muy joven, iba a menudo, como si fuera el umbral de su casa, y hacía a los enemigos temblar de miedo, se irguió su estatua de bronce, en su uniforme del período de la Revolución Antijaponesa.

Para conocer con exactitud su figura y carácter, los escultores visitaron a su viuda, y su primera pregunta fue:

—¿Cuál es el recuerdo más impresionante del camarada Choe Chun Guk?

—Casi nada impresionante, si no fuera eso de que era parco en palabras. Vivimos juntos unos cuantos años y creo que durante todo ese tiempo no me habló en total ni cien palabras. Si hubiera tenido un carácter brusco y me hubiera abofeteado, por lo menos



habría quedado en mi recuerdo...

La señora tenía mucha pena porque de su vida conyugal no le quedó ningún detalle que valiera ser recordado. Y dijo con significación:

—Vayan a ver a mi segundo hijo. Es extraordinariamente parecido a su padre. Es dócil. Para parecerse mejor, deberá ser firme, pero esto no puedo saberlo ahora. Sin embargo, estoy decidida a cultivarle ese rasgo.

A diferencia del período inicial de la vida matrimonial, la señora conocía bien cuán magnífica persona era su esposo.

---

## Persona de poco ruido y sombra grande

En sus memorias *En el Transcurso del siglo* (tomo VII de Continuación) el gran Líder, compañero Kim Il Sung recordó:

**“O Jung Hup era una persona de poco ruido y sombra grande. Por sombra grande se entienden huellas y proezas grandes.”**

Que O Jung Hup, siendo un jefe militar, fuera tan silencioso y moderado podría considerarse como muy raro, pero, aunque produjera poco ruido, trabajaba mucho.

Con respecto a Choe Chun Guk se decía que era como una mujer recién casada, pero O Jung Hup era más recatado. Pertenecía al tipo de personas a quienes resulta difícil señalarle con exactitud los defectos.

Pero era muy resuelto en las actividades revolucionarias. Una vez tomada una decisión era macho como un tigre que avanzaba indeteniblemente contra agua y fuego. Enfrentaba airoosamente dificultades no poco despreciables y cualquier tarea la llevaba hasta el fin, por ello hasta se olvidaba de comer y dormir.

Nacido en el distrito de Onsong, provincia de Hamgyong, como primogénito de una familia campesina muy pobre, se mudó

junto con sus padres al distrito Wangqing en China y allí estudió en una escuela privada.

Por la influencia de sus predecesores que apreciaban mucho la educación de sus descendientes, y de su primo mayor O Jung Hwa que simpatizaba con el comunismo, O Jung Hup que tenía un fuerte sentido de justicia llegó temprano a tener conciencia de clase y a participar en la revolución.

En septiembre de 1930 sostuvo el primer encuentro con Kim Il Sung en la casa de su primo y después se hizo miembro del partido comunista y jefe de una organización local, alistándose en la Guerrilla Popular Antijaponesa en verano de 1933.

Se formó en lo ideológico y militar asimilando todo lo referente al combate de guerrilla, desde los manuales militares y los métodos de combate creados por el Líder, las maneras de instalar escenas provisionales, redactar el programa de una función artística y escribir cartas de presentación.

En este proceso ocupó, de manera escalonada, cargos como los de jefe de pelotón, sección y compañía, hasta que fue promovido como jefe de regimiento. Se podría decir que era modelo del comandante del ejército revolucionario.

A partir de diciembre de 1938 desempeñó el cargo de jefe del séptimo regimiento de la unidad principal del Ejército Revolucionario Popular de Corea comandado por Kim Il Sung.

Era un oficial que sabía dirigir los combates con mucha

destreza. Su primer aspecto positivo como jefe militar consistía en la rapidez con que valoraba las circunstancias y tomaba las decisiones correspondientes, y en la meticulosidad con que organizaba los combates. Con su peculiar rasgo de llevar adelante resueltamente, y sin el menor titubeo, lo decidido, y aplicando tácticas apropiadas, vencía infaliblemente a los enemigos por muy superiores que fueran, tal como los buenos luchadores saben derribar con ingeniosos movimientos a adversarios más fuertes físicamente.

Tenía firme espíritu de organización y disciplinario, y administraba la unidad con esmero. En el séptimo regimiento que él mandaba no se veían soldados andando con zapatos o pantalones rotos.

Aun en el curso de alguna marcha, si descubría a alguien con el uniforme roto, le pedía que lo remendara durante el alto que hiciera la unidad. Como él administraba bien la unidad entre sus subalternos no ocurría ningún accidente.

En otoño de 1939, organizaron una operación de asalto a una mina de oro, en las cercanías de Sandaogou, del distrito Helong. En el curso del combate O Jung Hup fue protagonista de dos raros episodios. Mientras estaba dirigiendo el combate una bala acertó a darle en la frente. Pero él se salvó, quizás el proyectil había volado al sesgo.

Fue milagroso que pese a recibir un tiro en la frente quedara

con vida y continuara dirigiendo el combate.

Podría decirse que es imposible que el frágil cráneo de un hombre sea capaz de resistir un tiro por más que sea a sedal, pero así ocurrió realmente. También Kim Il Sung vio la herida que había sido vendada por el enlace.

Cuando los compañeros le dijeron que tenía mucha suerte y que lo debía a Dios, afirmó que la bala ciega de los japoneses quizás podría perforar la frente de algún cobarde, pero no la de un comunista.

Mientras él, pese a estar herido así, seguía dirigiendo el combate, una granada de mano arrojada por los enemigos por encima del muro cayó en medio de un grupo de guerrilleros. En este peligroso momento, la cogió con un relampagueante movimiento y la arrojó con toda su fuerza hacia el otro lado del muro.

Los enemigos, al ver que la granada que habían arrojado volvía hacia ellos, se dispersaron acobardados. Sin perder tiempo, él ordenó a sus combatientes atacarlos.

La granada de mano es un arma mortífera de distancia corta, que desde el instante de ser arrojada hasta estallar pasan sólo dos o tres segundos. El mismo hecho de coger con la mano una granada un instante antes de que explotara constituye todo un riesgo. Pero él acometió una acción tan peligrosa con toda tranquilidad. Verdaderamente era un comandante valiente.

Su mérito más grande en la guerra antijaponesa es haber velado por la seguridad de la Comandancia de la revolución coreana.

Para la integridad física del Comandante, no evitó ningún combate duro.

Esta fidelidad extraordinaria se manifestó concentradamente en el período de la Marcha Penosa (diciembre de 1938-marzo de 1939), cuyo objetivo era detener la ola de detenciones de los imperialistas japoneses, neutralizar su falsa propaganda de que se derrotó el Ejército Revolucionario Popular y hacer resonar los disparos en el interior del país.

Era una trayectoria que bien se podía recorrer a pie en unos días. Pero, debido al acoso y asedio incesantes del enemigo la marcha duró más de 100 días y desde el primer día hubo batallas con los enemigos.

Estos aplicaron la “táctica Maenggongjangchu” con la movilización de cientos de miles efectivos, entre ellos el ejército Guandong, las unidades élite que estaban en el territorio principal de China, los destacamentos del ejército títere y de la policía. En esta “táctica” lo principal era la “táctica dani”.

De acuerdo con ella situaban de antemano la “tropa de castigo” en cada punto importante, y en cuanto aparecía la guerrilla, la atacaban y perseguían pisándole los talones, hasta aniquilarla.

La unidad principal del ERPC se vio obligada a entablar más

de 20 veces al día las batallas enconadas y sufrir dificultades inenarrables por el frío riguroso de unos 40 grados bajo cero, la falta de alimentos, el cansancio y la enfermedad. Aunque la marcha fuera tan ardua, antes no hubo desertores, pero en esa vez aparecieron cuatro fugitivos.

En el curso de la Marcha Penosa, al darse cuenta de que el movimiento de una gran unidad en su conjunto resultaba desfavorable, el grueso pasó a la marcha dispersa.

Después de separarse de la Comandancia, O Jung Hup y su unidad por propia iniciativa se hicieron pasar por ella, y durante más de dos meses distrajeron a los enemigos atravesando las cadenas montañosas Longgang y Changbai. En este curso el séptimo regimiento tuvo muchas dificultades. Pero gracias a su acción la Comandancia estuvo menos importunado por los enemigos durante algún tiempo.

Después de la separación, en ese regimiento no quedaba ni un puñado de cereales. Al comienzo pudieron mantenerse comiendo carne de res o de caballo que conseguían al asaltar una empresa maderera, pero desde que se internaron en la profundidad de los montes era imposible encontrar alimentos. Lo único que se podía ingerir era nieve.

Un día, al saber que los enemigos ya no perseguían a su regimiento, O Jung Hup exhortó a sus combatientes:

“No sé si los enemigos se han percatado de que no somos la

Comandancia. De ser cierto, significa que hasta ahora nos hemos empeñado en vano. Es preciso que vayamos tras ellos y hagamos que se peguen a nuestra cola. Sígueme todos.”

Con la pistola ametralladora en la mano desanduvo decenas de ríes que acababa de recorrer con duros esfuerzos y asaltó el campamento de los enemigos. De todos modos, logró que éstos volvieran a perseguir al regimiento.

Desde entonces, el regimiento, si observaba que los enemigos no lo perseguían, regresaba y los hostigaba hasta que los veía seguirle como novillos con argolla en el narigón.

Cuando se le agotaban las provisiones, el regimiento recogía los cueros de res que botaban los militares japoneses después de comerse la carne y los hervía hasta poderlos comer, pero nunca dejó de marchar. Patatas heladas fue lo único que tuvo para la fiesta del año nuevo lunar de aquel año. Pese a su situación, O Jung Hup, al contrario, manifestó su preocupación por si la Comandancia tenía víveres.

Al término de la Marcha Penosa, el séptimo regimiento volvió a reunirse con la Comandancia en medio de gran emoción. O Jung Hup lloró mucho en los brazos de Kim Il Sung.

Cierto año, cuando el gran Líder Kim Il Sung estaba leyendo la novela *Zona de fieros combates*, al llegar a la página en que se describía la muerte de O Jung Hup no pudo continuar la lectura porque sintió un profundo pesar, y no pudo conciliar el sueño

en toda la noche pensando en él que hacía muchísimo tiempo se había ido de su lado.

La batalla de Liukesong, en el distrito Dunhua, un factor de la victoria en la primera etapa de la operación en ruta circular con grandes unidades, realizada en el año 1939, registró una página en la historia de la revolución coreana gracias al espíritu de defensa a muerte y las hazañas combativas del séptimo regimiento, que en el curso de la Revolución Antijaponesa protegió a costa de la vida, como en el caso de O Jung Hup, la Comandancia de la revolución coreana.

La empresa maderera de Liukesong con 600 obreros y 70 policías forestales, situada en el bosque frondoso en el distrito Dunhua, era una base importante para asegurar los materiales estratégicos a los agresores japoneses. Alrededor del aserradero había seis posiciones artilleras, cuatro ametralladoras pesadas y alambres de púa con latas vacías tras la cerca de madera.

Kim Il Sung organizó una operación de asalto a la empresa maderera de Liukesong con el objetivo de dispersar y debilitar las fuerzas enemigas que estaban concentradas en las riberas del río Tuman, al noreste del monte Paektu, y crear una coyuntura favorable al avance del Ejército Revolucionario Popular de Corea hacia el interior del país. Aceptó la propuesta de O Jung Hup de ocupar el torreón central en el asalto al cuartel enemigo y asignó a su regimiento la tarea de combate.

Un grupo de soldados hábiles penetró por una abertura debajo de la cerca y cortó sin hacer ruido los triples alambres de púa. Los otros combatientes del regimiento lo siguieron. Entonces se creó una situación inesperada. Cortaban el último alambre, cuando sonó una lata colgante agitándose. Los enemigos comenzaron a disparar con la ametralladora pesada desde el torreón. O Jung Hup llamó sin demora a los combatientes a atacar. El regimiento ocupó con una relampagueante rapidez el torreón y el cuartel antes de que los enemigos se repusieran del susto. Los enemigos, amedrentados, se escondieron en la galería subterránea que tenían preparada secretamente debajo del cuartel.

O Jung Hup ordenó que amontonaran algodón en las bocas de la galería y prendieran fuego. Al penetrar el humo en ésta, los escondidos, no pudiendo resistir más, se arrastraron hacia afuera.

En el momento en que la victoria parecía estar segura, ocurrió una desgracia inesperada. Debido a la desesperada resistencia de los enemigos sobrevivientes cayeron valiosos comandantes del regimiento, entre ellos O Jung Hup.

El gran Líder Kim Il Sung recordó el suceso en sus Memorias:

**“Cuando apareció ante mí Kim Chol Man, también herido, y deshecho en llanto me informó de la triste noticia de la muerte de O Jung Hup, al principio dudé de mis oídos. Pero, al confirmarse que era una innegable realidad, casi perdiendo**

**la razón corrí hacia el cuartel gritando: ‘¿Dónde está el que mató a O Jung Hup? No voy a perdonar a los que lo mataron.’ Estábamos acostumbrados a controlarnos delante de los soldados por muy grande que fuera el sufrimiento, pero aquel día fue imposible aguantarme. Es comprensible si se tiene en cuenta el gran afecto que le profesábamos. Hasta hoy siento dolor en el pecho cuando pienso en lo ocurrido entonces. En aquella operación aniquilamos a numerosos enemigos y obtuvimos un gran botín, pero todo esto nos importaba nada. Nuestros soldados nunca se habrían mostrado tan dolidos como entonces.”**

De los integrantes de la familia de O Jung Hup, casi 20 cayeron en la lucha para la liberación de la patria. Era la más patriótica y revolucionaria en toda la extensión de Jiandao.

---

## Como jefe competente

“Obstinarse sin confianza es como una fanfarronada.” Era el credo y la divisa de toda la vida de Choe Yong Jin quien se formó como renombrado combatiente bajo la influencia de Kim Il Sung en los días de la guerra antijaponesa.

Este escribió en sus memorias En el transcurso del siglo que Choe Yong Jin era un famoso combatiente, obstinado y bromista inigualable.

Tempranamente, sufrió penalidades por su padre que era del ejército independentista. Este, en la flor de la vida, organizó en Manchuria una unidad independentista con el propósito de aniquilar al imperialismo japonés y salvar a la patria. Viendo que su unidad se granjeaba la fama con sus victorias consecutivas en la región de Manchuria, los imperialistas japoneses trataron de detenerlo prometiendo gran cantidad de dinero por su cabeza. Días después, ante el fracaso de su intento, irrumpieron en la casa del niño Choe Yong Jin e incendiaron su casa y también a su madre y hermano mayor. Y al pequeño que llamaba con ansiedad a sus queridos envueltos en llamas, le dijeron que si no quería morir como ellos, que fuera pronto a buscar a su papá y llevárselo.

En aquel tiempo, Choe tenía apenas cinco años. Y en su mente se quedaron grabados con nitidez aquellos asesinos que reían a carcajadas.

Después, con la extinción del Ejército independentista su padre abandonó las armas sin siquiera lograr su deseo de la salvación nacional. Para vengarse de esos enemigos que asesinaron cruelmente a su madre y hermano mayor y realizar así el deseo de su padre, Choe Yong Jin ingresó prematuramente en la guerrilla y combatió en Manchuria del Norte.

A mediados de diciembre de 1940, Choe, jefe de una unidad que actuaba en Baomodingzi del distrito Liaohé de China, se encontró con un enlace enviado por Kim Il Sung, quien le transmitió la orden de la Comandancia del Ejército Revolucionario Popular de Corea de que su unidad participara en los ejercicios militares y estudios políticos destinados a acoger con iniciativa el gran acontecimiento de la liberación de la patria.

Esto era lo que él deseaba con fervor. Tan contento estaba que le apretó las manos al enviado. Durante diez años de su lucha en apoyo del lineamiento del Comandante Kim sobre la lucha armada antijaponesa, acariciaba el sueño de combatir a su lado.

Partió de prisa con su unidad y llegó a la base de entrenamiento en que se encontraba el Comandante al cabo de una marcha de 400 kilómetros exponiéndose al frío glacial. En el instante en que lo vio, lo llamó “Mi general”, pero no pudo continuar porque

sentía un nudo en la garganta.

Dibujando una amplia sonrisa en el rostro, el Comandante expresó su gran alegría de verlo y le tomó de las manos. Lo invitó a sentarse y le dijo que aunque se encontraban por primera vez, habían oído hablar mucho de él por varios compañeros de Manchuria del Norte.

Le preguntó la edad y supo que tenía 25 años. Sorprendido, dijo que él lo imaginaba más viejo porque Choe Hyon lo llamaba Choe “el Bigote”.

Choe Yong Jin le explicó que todos sus hermanos dejaban crecer el bigote, siguiendo el “ejemplo” de su padre que era jefe de una unidad del Ejército independentista, a lo cual el Comandante rió a carcajadas. También le contó de su familia, algo que tenía reservado para sí solo, y de su padre quien después de extinto el Ejército independentista envió a la guerrilla muchos alimentos y armas y que por esa razón los japoneses lo mataron.

Al escucharle, el Comandante quedó pensativo con el corazón adolorido y apreció que el padre de Choe era un patriota de firme entereza que consagró toda la vida al movimiento antijaponés.

Tan sinceras y afectuosas eran sus palabras que Choe le pidió que aunque no tuviera madera para tanto, no se le ocurriera jamás apartarlo de su lado.

Su uniforme de oficial ordinario, intimidad, modestia, carácter abierto y ricos sentimientos cautivaron al renombrado



combatiente.

Choe se hizo famoso desde que mostró su bravura en un combate en que aniquilaron al jefe de estado mayor y otros altos oficiales del ejército Guandong que realizaban un viaje de inspección en un barco motorizado.

Un día, Choe recibió de una organización local un parte urgente de que el jefe del estado mayor del ejército Guandong haría en barco un viaje de inspección por el río Naolihe. Este provocaba el rencor de los habitantes por su ferocidad inigualable.

Choe organizó de prisa un grupo de asalto con 16 soldados y con ellos se puso en marcha a las tres de la madrugada.

A eso de las siete llegaron a la orilla del río al cabo de una marcha forzada de 32 kilómetros. Sin perder tiempo, Choe ordenó que tendieran una cuerda de hierro que atravesara el río por debajo del agua y se emboscaron en un cerro colindante.

El barco apareció a la hora prevista. En su cubierta se instalaban seis ametralladoras y más de 200 escoltas lo seguían por tierra.

En el momento en que el barco se paró por la cuerda, le concentraron el fuego de forma sorpresiva, concluyendo el combate en unos minutos, con un saldo de 20 altos oficiales, incluyendo el jefe de estado mayor, y 50 escoltas.

El grupo de asalto recogió muchas armas en el barco, incluidas varias ametralladoras, se retiró de la orilla del río y se emboscó a ambos lados de un camino para aniquilar a los escoltas que les

seguían por tierra.

Al entrarlos en el alcance de tiro, abrieron el fuego concentrado y a su vez gritaron a los enemigos para que no opusieran resistencia. Y estos se rindieron al instante.

Choe Yong Jin que comenzó a ser famoso con esta batalla, provocó la admiración de las multitudes tras ocupar con 23 combatientes una ciudadela, denominada con ostentación por el imperialismo japonés como “fortaleza inexpugnable”.

Kim Il Sung le dijo que el presente entrenamiento militar-político, que se efectuaba principalmente con el entrenamiento de guerra regular, sería una etapa del asentamiento de la base para preparar más firmemente en lo político y militar al Ejército Revolucionario Popular de Corea de manera que pudiera hacer frente con iniciativa a las operaciones de la liberación de la patria y constituir a la larga las fuerzas armadas revolucionarias regulares. Y expresó la esperanza de que él desempeñara un papel importante en el entrenamiento, ya que tenía muchas experiencias de lucha guerrillera y capacidad de mando.

Él participó activamente en el entrenamiento con la decisión de hacer esfuerzos incansables, sin traicionar la confianza y expectativa del Comandante. Se sintió muy satisfecho de poder aprender las tácticas militares regulares y participar en los combates bajo la guía del genial Comandante.

A un mes y pico del comienzo del entrenamiento Kim Il Sung

llamó él y otros miembros de mando.

Dijo que el éxito del entrenamiento dependía enteramente de los comandantes que ejecutaban el entrenamiento y que ahora algunos comandantes trataban erróneamente de resolver con la crítica el que unos soldados individuales no cubrieran las exigencias del profesor o intentaban rebajar la intensidad en el entrenamiento.

Se refirió a la necesidad de tener una correcta metodología para prevenir tales desviaciones y elevar a una etapa más alta el entrenamiento, y preguntó a otros qué les parecía formar una unidad modelo y generalizar su experiencia. Viendo que estaban de acuerdo con él, le dijo a Choe Yong Jin que quería elegir como unidad ejemplar la compañía No.1 que estaba a su cargo y le preguntó si tenía la certeza de que ella lo merecía.

Choe Yong Jin, poseedor del espíritu competitivo, le respondió en voz alta y sin vacilación que trataría de que lo fuera. Al oír también las opiniones de otros comandantes, Kim Il Sung les señaló las medidas para formar una unidad modelo.

Nada fácil es hacerlo, pero no tan difícil como uno piensa y todo depende de lo que uno se proponga, dijo y continuó:

**“En primer lugar, deben procurar que el aspecto regular se manifieste con claridad en todas las facetas, entre otras, el horario, el mantenimiento del cuartel, la vida disciplinaria, etc. Solo cuando lleven la vida militar según los reglamentos**

**y el manual y estén disciplinados, pueden adquirir el aspecto regular y lograr éxitos en el estudio y el entrenamiento. Ahora que a todos les cuesta trabajo acostumbrarse al entrenamiento regular y la vida militar, es preciso elevar la exigencia desde el principio y a la vez estudiar sin cesar los métodos adecuados.”**

Acentuó la necesidad de dedicarle un gran esfuerzo, le dijo que él contaba con su apoyo y lo alentó a que hiciera un buen trabajo.

Desde el día siguiente, Choe se empeñó día y noche en cumplir sus instrucciones para convertir su compañía en el modelo de toda la tropa: equipó el cuartel y organizó la vida diaria conforme a los reglamentos y también prestó debida atención al estudio y el entrenamiento.

Fue Kim Il Sung quien le dio esmerada orientación en ese sentido. Un día fue al campo de ejercicios para enseñarles el secreto de cumplir la misión con la menor pérdida y sugerirles asimilar en el estudio político principalmente la línea, la estrategia y la táctica de la revolución coreana.

En ese proceso, Choe Yong Jin se fue preparando como comandante competente de visión con conocimientos militares regulares. Un día, Kim Il Sung lo llamó para saber qué hacían en las horas de la vida cultural.

Choe le contestó que al principio la organizaron por un cierto tiempo, pero eso aburría porque eran unos pocos quienes cantaban y bailaban, por lo que la abandonaron y lo que hacían ahora era

enviar al campo de entrenamiento a individuos o escuadras que de día no hubieran cumplido la tarea de ejercicios.

Con el semblante algo preocupado, Kim Il Sung volvió a preguntarle si él participaba en la vida cultural y él no pudo responderle porque casi nunca había participado en ella por falta de interés.

Sin esperar su respuesta, quizá porque ya la había leído en su cara, Kim le dijo que él no era consciente del gran error que estaba cometiendo y la vida cultural, que él no tomaba más que como una afición, no la podíamos organizar o no según nuestros caprichos y que esto era una disciplina del ejército revolucionario y además un importante asunto político relacionado con el ánimo de los soldados.

También le agregó que el ejército revolucionario debía llevar siempre una vida optimista, que donde estuviera él debía haber siempre canciones y bailes animados y que una vida revolucionaria y optimista guiaba a los soldados a un mundo espiritual sublime y noble y cultivaba en ellos valentía y sacrificio sin par.

Choe comprendió sinceramente su errónea concepción de que a un soldado le bastaba con combatir bien.

Mirándolo con cariño, Kim continuó:

Las activas labores culturales ayudarán a los soldados a olvidar la soledad, llevar una vida vigorosa y esforzarse en los entrenamientos. Debemos regalarles las canciones y danzas

que animen a toda hora el campamento secreto. Si cantamos y bailamos en los tiempos libres de la lucha guerrillera, no tenemos por qué no hacerlo en condiciones favorables como hoy.

Tomó medidas concretas para que la vida cultural y estética y las actividades del grupo artístico se realizaran con vigor y les asignó a los activistas locales la tarea de conseguir cuerdas de instrumentos musicales, pieles de ganado para el tambor y armónicas para Choe y sus soldados.

Posteriormente, el ambiente de la unidad mejoró y los guerrilleros se empeñaron más en los entrenamientos con la voluntad de liberar a la patria. Decenas de años después, Choe recordaría con alegría aquellas noches de la luna en el campamento secreto donde cantaban y bailaban con el Comandante.

Durante el ataque final para la liberación de la patria, Choe Yong Jin que estaba mejor preparado en lo político y militar gracias a Kim Il Sung, desempeñó con destreza sus funciones, haciendo gala de sus excelentes cualidades como guerrero de Manchuria del Norte.

---

## El amor reencontrado

Los compañeros que lucharon con Kang Wi Ryong contra los japoneses lo llamaban Kang “el Oso”, porque era de una complexión robusta y fuerza descomunal.

Nació en mayo de 1933 en una familia muy pobre y se enroló en la guerrilla con la decisión de vengarse de su tercer hermano mayor que había caído en la defensa de la base guerrillera.

Sin embargo, tuvo que pasar un período muy duro durante la lucha contra “Minsaengdan”, organización de espías creada por el imperialismo japonés en febrero de 1932 con el objetivo de dividir las filas revolucionarias y disuelta poco después, pero que los oportunistas de izquierda y los chovinistas utilizaron en la “liquidación de los reaccionarios” con el objetivo de realizar su ambición política.

Injuriando a los frenéticos asesinos que expulsaban y ejecutaban a patriotas, revolucionarios y otros inocentes tildándolos de “Minsaengdan” con cualquier pretexto, muchos de los “acusados” tuvieron que dispersarse a otras latitudes abandonando las bases guerrilleras que habían creado y defendido con su sangre.

Entre ellos figuraba Kang Wi Ryong quien se vio obligado a separarse de su esposa Kim Hwak Sil y errar de aquí y allá.

Gracias a la confianza de Kim Il Sung, reencontró a su amor y se incorporó a una nueva división organizada con los sospechosos de “Minsaengdan”.

Un día de septiembre de 1936, cuando salía de la cabaña de la Comandancia todo le parecía un sueño. Hacía unos días que su regimiento, luego de concluir la expedición a Jiaohe, llegó al campamento secreto de Komuikol donde estaba la comandancia.

Al enterarse de la situación del regimiento, el Comandante lo llamó. Le dijo que él lo conocía bien porque le habían contado mucho de él.

Después de escuchar su pasado, le dijo que él era de aquellos inocentes que sufrieron mucho, que como él los había muchos y que al pensarlo sentía un gran dolor.

Viendo a Kang Wi Ryong llamarlo “¡Comandante!” prorrumpiendo en llantos, le tomó de la mano, volvió a decirle que no tenía por qué preocuparse del pasado, lo puso al tanto de las conferencias de Dahuangwai y Yaoyinggou en que se abordó la lucha contra “Minsaengdan” y le preguntó si era esposo de Kim Hwak Sil.

Esto lo cogió desprevenido pues nunca se imaginó que el Comandante supiera hasta el nombre de su esposa. Viéndolo todo colorado, le dijo que ella no se encontraba allá, sino en el campamento secreto de intendencia, en el grupo de costureras, a una decena de kilómetros en dirección a Hyongshan, que fuera

para que la viera y que él le iba a dar un guía.

Desconcertado, Kang le dijo que iría a verla más tarde.

Esbozando una amplia sonrisa, el Comandante le dijo que si enviaban un enlace a su esposa, el encuentro tardaría casi el doble y que por eso era mejor que él fuera directamente allá. Tal vez tú quieras esperar, pero no puedo tolerar que la compañera Kim Hwak Sil sufra pensando en ti, le dijo. Y le añadió casi en tono de orden que no se resistiera más y que se pusiera en camino de inmediato.

Kang se enjugó las lágrimas y le expresó que antes de ver a la esposa debía recibir su ubicación en las filas.

Leyendo sus pensamientos, el Comandante le dijo:

—Te confiaré una tarea. Ve con las compañeras del segundo regimiento al grupo de sastrería para que confeccionen uniformes enguatados para el invierno. Si vuelves sin cumplir la tarea, te aplicaré una sanción.

Así el matrimonio pudo reencontrarse, por supuesto, con gran emoción.

Luego de que Kang cumplió la misión de confeccionar uniformes, el Comandante le dio otra tarea, esta vez la de construir una cabaña de la comandancia.

Al cabo de dos días el primero logró construir una cabaña excelente y se lo informó al Comandante. Era un talento capaz de construirla en una noche valiéndose solamente del hacha.

Recorriéndola, el Comandante lo alabó por su buen trabajo y le dijo que a partir de ese día viviera en ella con su esposa, a lo cual él reaccionó con un sobresalto. No obstante, el Comandante le dijo que lo tenía planeado hacía tiempo teniendo en cuenta lo mucho que sufrió el matrimonio.

Su amor y confianza no tenían límites. En la primavera de 1937 lo nombró ametrallador de la compañía de escolta de la Comandancia del Ejército Revolucionario Popular de Corea.

Lo siguiente sucedió mientras este actuaba en pequeñas unidades.

Cuando una unidad compuesta por un pelotón de ametralladores de la Comandancia llegó a un lugar, el Comandante dio la orden de descanso y acompañó a una guerrillera que se iba con una misión de enlace. Se alejó del lugar caminando con ella que estaba muy triste de separarse de él y enseñándole con lujo de detalles las precauciones que debía tomar durante la marcha solitaria, el lugar y la manera de la comunicación.

De regreso Kang, quien lo acompañaba, notó señales de vida por detrás. Miró de reojo a su alrededor y supo que unos soldados japoneses les perseguían.

Kang dijo en silencio al Comandante que el enemigo los perseguía, que él iba a protegerlo y que él se escapara de inmediato si oía el disparo.

Caminó despacio adrede y cuando supo que estaba a cierta

distancia del Comandante dio media vuelta bruscamente y empezó a disparar con la ametralladora a los japoneses que los perseguían a hurtadillas. Algunos se cayeron y él, trasladándose y disparando de rato en rato, corrió en una dirección contraria a la que tomó el Comandante.

En un instante escuchó disparos desde donde estaba el Comandante y se paró de repente. Volvió donde estaba él y lo vio disparar al enemigo cambiando su posición de árbol en árbol.

Él abrió fuego con la ametralladora y se escapó con él hacia un lado.

Por su parte, los enemigos los persiguieron persistentemente a sabiendas de que sus adversarios eran pocos.

Cuando los dos corrían ante sus ojos apareció un despeñadero. En el momento en que Kang vacilaba sin saber qué hacer, el Comandante se lanzó al despeñadero diciéndole que lo siguiera. Kang lo hizo sin perder un segundo y los dos cayeron en un hueco bajo un montón de hojarasca.

Luego de confirmar la seguridad del Comandante, Kang observó el contorno y levantó una roca chata que estaba al lado para esconderlo detrás de ella. Él mismo no podía creer que fuera capaz de alzar una roca tan pesada.

Momentos después los enemigos llegaron al despeñadero y al no encontrar ningún vestigio de los perseguidos dispararon sin ningún blanco fijo y se alejaron.

Kang observó la situación manteniéndose inmóvil y cuando se dio cuenta de que los enemigos desaparecieron, trató de apartar la roca, pero no lo pudo hacer porque el cuerpo se le volvió todo tieso.

Con la ayuda del Comandante, apenas sí pudo apartarla a un lado, pero al instante se sintió desfallecer y se tumbó abatido en el suelo.

Mientras le hacía masajes en los brazos y las piernas, el Comandante le dijo:

**—Compañero Kang, vamos a tomar un descanso. Me dijeron que te apodan Kang el Oso y dudé si serías realmente un hércules. Confieso que hoy he visto a un verdadero hércules.**

Y rió a carcajadas. Unos guerrilleros, que tras escuchar los disparos acudieron allí preocupándose por su seguridad, lo vieron sano y salvo y derramaron lágrimas de alegría.

Recorriéndolos con una mirada sonriente, les preguntó cuántos de ellos juntos podrían levantar esa roca y les dijo que gracias a Kang quien la levantó para detener las balas enemigas, hoy ellos estaban a salvo.

Kang Wi Ryong enalteció a Kim Il Sung quien le dio una gran muestra de amor y confianza y luchó asumiendo su protección como un deber sagrado.

---

---

## Hasta el último momento de la vida

“Ahora no tengo ojos. Pero, ¡veo la victoria de la revolución!”

Estas son las palabras de fe dirigidas por Choe Hui Suk, luchadora antijaponesa de Corea, a los verdugos japoneses, aunque estos le habían quitado los ojos.

La historia mundial del movimiento de la liberación nacional antiimperialista registra muchos ejemplos de la represión brutal de los luchadores por los colonialistas. Pero no conoce a una combatiente que gritó la consigna de fe aunque perdió los ojos por los verdugos.

Choe Hui Suk fue una hija digna de la nación coreana y heroína de la guerra antijaponesa. Dicen que era una mujer hermosa. ¿Cómo ella pudo gritar la consigna de convicción aterrorizando a los nipones bestiales?

De pequeña se mudó al distrito de Yanji de China con sus padres, quienes no pudieron impedir que su infancia y adolescencia se anegaran de lágrimas.

Cuando tenía tres años perdió a la madre y conoció la penuria y el hambre viviendo con el padre viudo. Bajo la influencia de su esposo que era activista revolucionario, emprendió la lucha para liberar el país desde la primavera del 1931.

Al principio laboró con afán en la Unión de la Juventud Comunista y la Asociación de Mujeres en el distrito de Yanji y luego ingresó voluntariamente en una unidad antijaponesa contribuyendo a la formación del frente aliado antijaponés.

Era entusiasta en todo lo que hacía y tenía una voluntad inquebrantable. Pero en la lucha sufrió desgracias y dolores difíciles de soportarse para una mujer.

Sus suegros fueron asesinados cruelmente por los japoneses, su marido fue encarcelado y solo le quedó una hija pequeña.

Pero continuó la lucha clandestina llevando a espaldas a su hija todo el día, pues no tenía a quien confiar su cuidado. No podía alimentarla ni dormirla suficientemente, por lo cual lloraba a escondidas. Finalmente, se le murió su preciosa pequeña.

Pero ella superó todas aquellas desgracias y dolores con el deseo de vengar a los enemigos que le habían quitado a sus queridos miembros de la familia y con la esperanza de que triunfara la revolución.

En 1932, año en que en todos los distritos de Manchuria del Este empezaron a constituirse, uno tras otro, los destacamentos antijaponeses, se alistó a la Guerrilla Popular Antijaponesa. En su condición de cocinera y costurera, se ejercitó mucho en el disparo hasta que se convirtió en una tiradora infalible.

En la primavera de 1936 se incorporó a la unidad principal del Ejército Revolucionario Popular de Corea bajo el mando de

Kim Il Sung.

Era siempre fiel a su deber y amaba con ardor a sus compañeros, por lo que Kim Il Sung la nombró jefa del grupo de costureras de la unidad principal y ella correspondió con gran abnegación a esa muestra de confianza.

En 1938, durante la Marcha Penosa, mientras recorría las campañas, el Comandante la vio remendar uniformes de los camaradas, calentándose las manos heladas, y quedó emocionado por su alto sentido del deber moral y su noble personalidad.

Las guerrilleras solían llamarla hermana mayor. También muchos hombres le decían así. Durante la marcha solía llevar a cuestas, además de la máquina de coser, las cargas de un novato.

Kim Il Sung la evocó:

**“Por su edad podía ser nuestra hermana mayor. Ella me llevaba varios años.”**

El hecho de que los camaradas la llamaran así no solamente se debía a su edad. Siempre sirvió de ejemplo, tanto en la vida cotidiana como en el cumplimiento de las misiones. Además, atendía con esmero a los compañeros de armas.

Aunque nunca pudo ir a la escuela, tenía buena preparación política y arte de mando, por eso el Comandante le confiaba tareas difíciles.

En otoño de 1939, este concibió la operación en ruta circular con grandes unidades y aceleró sus preparativos. En aquel entonces

lo más importante en esa nueva operación era confeccionar uniformes invernales.

Él les explicó a Kim Jong Suk, Choe Hui Suk y otras costureras la importancia de la operación y les sugirió encarecidamente confeccionar en un mes cientos de uniformes para las acciones de la unidad.

“No se preocupe, Comandante. Uniendo las fuerzas de Kim Jong Suk y otras costureras, los confeccionaremos a su debido tiempo, pase lo que pase”, dijo Choe y a partir de ese día se entregaron de lleno a la tarea.

En una visita a la cabaña de las costureras, el Comandante vio con gran dolor las puntas de sus dedos amoratadas y días más tarde, por conducto de un enlace, les envió salmones y mijos, redoblándoles el ánimo.

La experimentada costurera Choe se hizo cargo de la confección de uniformes de distintas tallas. Y de tanto diseñarlas solamente con tijeras, se le formaron hinchazones y ampollas en la mano. Pero siguió trabajando día y noche con sus compañeras, hasta que terminaron la tarea con diez días de antelación.

A la hora de felicitar a los que la cumplieron, Kim Il Sung le premió un anillo de oro y un reloj.

Al recibirlos, ella, cohibida, dijo: “Que yo sola reciba este premio especial, cuando no son pocos los que han sudado mucho para confeccionar los uniformes...”



Y tomó la decisión de defender a costa de la vida al Comandante, manteniéndose invariable como el oro del anillo, y seguir por el camino de la revolución enaltecíéndolo hasta el último momento de su vida.

En febrero de 1941 su pequeña unidad hacía una marcha penosa en busca de la comandancia para entregarle cuanto antes una información importante.

De tanto caminar en el monte sin alimentarse por varios días, se sentían cansados e incapaces de proseguir la marcha. En esa situación tropezaron con los enemigos que llevaban a cabo una “operación de peinado”, que significa registrar todo el monte dado como si lo peinaran, con la movilización de colosales efectivos, en un desesperado intento de debilitar las acciones del Ejército Revolucionario Popular de Corea, para sus preparativos frenéticos de la guerra del Pacífico y el reforzamiento de su “retaguardia”.

Cuando los guerrilleros descubrieron a los enemigos, estos ya los tenían cercados. Los persiguieron con terquedad descargándoles el fuego.

Choe Hui Suk que corría tras sus compañeros cayó con una pierna atravesada por una bala. Entonces sus compañeros se la cargaron a la espalda. Viendo que los enemigos les pisaban los talones, se revolcó en la espalda de su compañero pidiéndole que la soltara.

Pero lo que pedía era algo inconcebible, pues bajo ningún

concepto los guerrilleros abandonaban a sus compañeros en la zona enemiga. Pero los enemigos se les acercaban más y más y las balas rozaban sus orejas.

Al cambiar de dirección, vieron que los adversarios subían por los flancos. Así fue como escondieron a Choe Hui Suk debajo de una roca y arremetieron contra ellos.

No tardó mucho antes de que la descubrieran y la arrestaran.

La llevaron a una aldea e instigaron a sus títeres a reunir a la fuerza a los aldeanos para que vieran a una comunista a quien habían arrestado.

Choe, que estaba tirada en el suelo sintiendo una sed insoportable ocasionada por la pierna atravesada por la bala, se levantó mordiéndose los labios y echó fuego por la boca diciendo que pronto se liberaría la patria y los coreanos la restaurarían.

Perplejos, los enemigos trataron desesperadamente de cerrarle la boca, pero ella continuó arengando, aunque lastimaban su cuerpo con la bayoneta.

Después de dispersar por la fuerza a las multitudes, la llevaron a la cárcel del consulado donde la torturaron cruelmente para que hablara sobre el trabajo realizado por su pequeña unidad y otros secretos de la guerrilla. Conscientes de que no podrían doblegarla con la tortura, se pusieron a engatusarla diciéndole que con su fuerza comparable con las espumas de las olas marinas no podían vencer al gran imperio japonés y que podía salvar el pellejo si

revelaba el secreto de la guerrilla.

A lo cual Choe Hui Suk tronó: ¿Se ven a sí mismos tan poderosos? Pero van en camino de la derrota. Los comunistas lo vemos.”

Los verdugos japoneses se la llevaron a un hospital de infantería para sacarle los ojos a la guerrillera a quien no pudieron doblegar con torturas ni con palabras reconciliatorias.

Con la cara desprovista de ojos y ensangrentada, ella gritó: “Ahora no tengo ojos. Pero, ¡veo la victoria de la revolución!”

Los enemigos, atemorizados ante su exclamación, le arrancaron hasta el corazón. Querían ver cómo era el corazón de una comunista.

Al recibir la noticia de su muerte Kim Il Sung sintió una tristeza inenarrable.

Muchos años transcurrieron desde entonces.

Ella no pudo dejarle a la posteridad ni una sola foto.

Pero Kim Il Sung sugirió hacerle un boceto para exhibirlo en el Museo de la Revolución Coreana, así como levantar su busto en el Cementerio de Mártires Revolucionarios.

Dijo que “Veo la victoria de la revolución” no eran palabras que cualquiera podía decir, que las podían pronunciar solo las personas que estaban seguras de la justeza y autenticidad de su causa, o sea los combatientes con constancia revolucionaria, y que Choe Hui Suk era una revolucionaria que legítimamente

debía ser situada en la primera fila de la revolución coreana que supo vencer las arduas pruebas.

---

---

## Últimas letras

Si se le pregunta a un niño coreano quién fue Ma Tong Hui, contestará que fue un mártir que se cortó la lengua para no revelar los secretos de su organización.

En otoño de 1936 un buen número de jóvenes se alistaron en la unidad principal del Ejército Revolucionario Popular de Corea y entre ellos Ma Tong Hui, que llegó allí desde la lejana patria.

En sus Memorias En el transcurso del siglo (tomo VI de la Revolución Antijaponesa) el gran Líder Kim Il Sung lo evocó:

**“Estuvo conmigo sólo un año y medio, más o menos. Fue un fiel guerrillero, amado por todo el mundo; sin embargo, cuando actuaba en la guerrilla casi no dejó hechos o anécdotas que pudieran recordar los compañeros.”**

Ma Tong Hui era parco en palabras y no saltaba a la vista de otros. Pero desde la infancia no toleraba en absoluto actos injustos, descarados o deshonrados, como ilustra la siguiente anécdota:

En la escuela primaria, su maestro, de apellido Jo, resultó ser como un especulador, sin pizca de conciencia de pedagogo. Ponía notas injustamente, según las amistades, desatendiendo el nivel intelectual de sus discípulos. Regalaba calificaciones a los hijos de familias que lo sobornaban, de gentes ricas o influyentes,

independientemente de sus capacidades intelectuales.

Para destacar a sus predilectos no vacilaba en incurrir en actos inmorales como disminuir las notas de los mejores alumnos. Así procedió también cuando Ma estudiaba en el último año. Le rebajó la nota en Historia, aunque había obtenido sobresaliente en todas las asignaturas, para que el hijo de un hombre influyente que le había sobornado a manos llenas fuera designado mejor alumno. Indignado ante esta injusticia Ma se fue a ver a Jo sin titubeos y le exigió que le mostrara su hoja de examen. El maestro, en vez de satisfacer su exigencia, lo recriminó por insolente y le dio una bofetada. La conducta de Jo exacerbó la furia del alumno, quien después de expresar su renuncia a la escuela despedazó ante la vista del maestro su carné de notas y se fue a casa.

Ma Ho Ryong, el padre, no quería que su único hijo abandonara los estudios tan temprano y se ocupara de necesidades vitales. Había comprado en la feria una gorra escolar primaria, y mostrándosela a su hijo, trató de convencerlo: “Acabo de conseguirla porque me daba pena verte ir a la escuela sin ella. Es una tontería que quieras dejar de estudiar y dedicarte a la agricultura. Por lo general, el maestro se pone al lado de los hijos de los ricachones o trata de agradar a los hombres influyentes. ¿Qué logras con reñir por tal cosa? Ve y discúlpate.” Pero, su hijo se negó terminantemente a reconciliarse. E, incluso, impidió resueltamente que su padre fuera a verlo.

Después ambas personas siguieron caminos contrapuestos. El discípulo, desafiando a la sociedad, se incorporó al frente patriótico; su maestro, abandonando la cátedra, se convirtió en vendepatria. Fue policía y después, promovido como agente secreto, se empeñó en la persecución de los patriotas. El primer objetivo de su aguda vigilancia fue Ma Tong Hui; observaba persistentemente todos sus movimientos. Estaba decidido a llevarlo a la cárcel de todas maneras, aunque tuviera que inventar un pretexto si no obtenía pruebas.

Se dio a perseguirlo ocultamente desde que Ma viajó con frecuencia a Changbai y recibió la influencia del Ejército Revolucionario Popular. Un día, este se encontró allí con un representante de la guerrilla, quien le comunicó que había sido aprobada su solicitud de ingreso. Pero, en el camino de regreso tropezó con el agente Jo, apostado en un extremo del puente del río Amnok. El policía lo miró hostilmente. De inmediato, Ma se percató de que el ambiente era anormal, no obstante, se dirigió a su casa con una actitud imperturbable e hizo los preparativos del viaje al Paektu.

Su madre le ofreció una comida de despedida, que no pudo probar, porque tuvo que salir apresuradamente. Jo y algunos policías aparecieron en el patio de la casa para arrestarlo. Escapó por la puerta del fondo y logró cruzar el Amnok sin novedades.

Después se incorporó a la unidad principal del ERPC. En junio

de 1937 cuando terminó el combate en Kouyushan del distrito Changbai, en un lugar próximo Ma Tong Hui vio al policía Jo que afortunadamente se había salvado de aquella operación de “castigo” contra los guerrilleros. No bien se encontraron, éste disparó sin más ni más. Ma ajustició al reaccionario projaponés, un individuo totalmente descarado, que no tenía en consideración ni a la patria, ni a la nación ni tampoco a sus ex discípulos.

Hay otro episodio. Al concluir la expedición a Fusong, organizaron un curso militar-político en el campamento secreto de Donggang y para ello había que conseguir provisiones. También la compañía No.3 del séptimo regimiento a la que pertenecía él se movilizaba todos los días para esta misión. Una noche, su jefe ordenó que Ma Tong Hui, que padecía de sabañones en los pies, y otros guerrilleros novatos, igualmente afectados por estos, quedaran en el campamento con la tarea de preparar el maíz con el molino de piedra para el desayuno.

Ma Tong Hui se puso a moler, tal como había ordenado el jefe de la compañía. Sentía un cansancio irresistible, pues, además de haber marchado todo el día por caminos nevados, tenía somnolencia después de la comida. Para alejar el sueño tuvo que lavarse la cara con nieve. Pero, los otros guerrilleros manifestaron que preferían acostarse por el cansancio y quedar sin desayuno. Pese a que su compañero manipulaba solo el molino de piedra, permanecieron acostados. Solo cuando éste terminó, hablaron

entre sí preocupados de cómo podrían recompensarle. Ma Tong Hui, indignado por esa actitud tan ridícula, les recriminó duramente. Por supuesto, con posterioridad estos llegaron a ser verdaderos combatientes, laboriosos y valientes.

Ma Tong Hui era así y por eso poco tiempo después de que entrara en la guerrilla, progresó como excelente combatiente.

El año 1937 fue un período próspero para la Revolución Antijaponesa. La lucha de liberación nacional y el movimiento comunista en Corea, empujados a una etapa de cambio histórico por el oleaje provocado por la irrupción del grueso del ERPC en la zona del monte Paektu, avanzaban por un camino de ascenso con una amplitud y profundidad sin precedentes.

Todo iba a pedir de boca cuando la revolución coreana tropezó con un desafío feroz.

Mientras el grueso del ERPC bajo el mando de Kim Il Sung, luego de abandonar la región del monte Paektu, desarrollaba operaciones en los distritos de Fusong y Mengjiang, los enemigos tramaron el llamado “Incidente de Hyesan” y comenzaron a levantar un furioso torbellino de represión contra las fuerzas revolucionarias. Destruyeron a diestro y siniestro las organizaciones clandestinas que el ERPC establecía durante más de un año después de que llegó a esa zona, y detuvieron y condenaron en masa a los revolucionarios.

En varias olas de detención fueron encarcelados miles de

patriotas. Incontables personas murieron en las prisiones a consecuencia de las torturas.

El acontecimiento constituyó un duro golpe para la revolución coreana.

Kim Il Sung convocó una reunión extraordinaria del comité del partido en el Ejército Revolucionario Popular de Corea, en la cual examinaron qué hacer para proteger a las organizaciones revolucionarias enfrentadas a una crisis e impulsar con más energía la construcción del partido y de la Asociación para la Restauración de la Patria.

Después de haber logrado capturar la mayoría de los integrantes del núcleo directivo de la región de Changbai en la primera redada, los enemigos, con mucho ánimo, alardeaban por supuestos éxitos como si hubieran estado a punto de cortar la vía respiratoria de la revolución coreana; pero no todas las organizaciones clandestinas estaban destruidas. No fueron pocos los que, evadiendo la represión enemiga, se refugiaron en otras localidades o encontraron escondrijos en remotas montañas. Y quedó a salvo y siguió actuando la dirección de la Unión de Liberación Nacional de Corea.

Como primer paso, Kim Il Sung envió al país a Ma Tong Hui formado como combatiente excelente en corto tiempo de la vida guerrillera y experimentado por varias veces en trabajos clandestinos en el país, con la misión de buscar a los integrantes

de la dirección de esa Unión que estaban refugiados y por su conducto indagar el grado de daños sufridos por las organizaciones y adoptar medidas para restaurar las destruidas.

Así que una noche de diciembre de 1937 Ma Tong Hui penetró en el país burlando la vigilancia enemiga y recorrió, uno a uno, los poblados montañosos del distrito Kapsan en busca del paradero de los miembros de la Unión de Liberación Nacional de Corea.

A los tres días de haber pisado el suelo patrio, fue arrestado al ser delatado por Kim Thae Son. Al escuchar el ruego de Ma de que lo alojara y alimentara en su casa, ese individuo, convertido entretanto en fiel servidor de los enemigos, le ofreció buena comida y cómodo lecho, empero fue a delatar que en su casa estaba un subalterno de Kim Il Sung.

Era paisano de Ma Tong Hui. Fueron muy buenos amigos durante la adolescencia y la juventud. Cuando Kim Thae Son, por falta de recursos, se vio obligado a interrumpir los estudios en un cursillo en el distrito de Changbai, fue Ma Tong Hui quien le dio dinero. Viendo a su compañero en tal situación, separó nada menos que 5 wones de los fondos de la escuela privada y lo ayudó a continuar las clases. Aun después, siguió ayudándole celosamente. Le cedió todo el dinero que ganaba ora escardando la tierra ajena, ora vendiendo leña, ora trabajando de escribiente.

Al terminar el cursillo y ser colocado como secretario en la oficina de la dirección zonal de la agricultura, Kim Thae Son fue

a ver a la madre de Ma Tong Hui y le dijo que gracias a la sincera ayuda de su hijo él había podido hacerse joven intelectual y ganar medios de subsistencia. Y juró que hasta la muerte no olvidaría la amistad que le había demostrado Ma Tong Hui. Es por eso que éste eligió la casa de Kim Thae Son como refugio, porque tenía plena confianza en su amistad.

Pero aquel tipo sucio, sin una pizca de amistad ni obligación moral, no vaciló en dilatarlo a los enemigos.

Arrestado por los japoneses y maniatado, Ma tuvo que recorrer descalzo un camino de nieve de 12 kilómetros. En los pies helados ni se derramaba la sangre.

Los policías de Kapsan que lo detuvieron le aplicaron torturas salvajes para sacarle el secreto y así hacer méritos.

Diariamente le repitieron las mismas preguntas para que dijera cuál era su misión y dónde se encontraba la guerrilla, pero al cabo de una semana se rindieron ante la entereza del preso y lo trasladaron a otro puesto policíaco.

En Hyesan también lo sometieron a torturas espeluznantes como “bañar con agua helada del río Amnok”, “vestir el chaleco de piel”, “montar en el avión”, “dar de tomar el agua picante”, “arrancar las uñas”, etc.

Pero, ni aun así pudieron abrirle la boca.

Esta vez, con la orden de excarcelación ante sus ojos, trataron de seducirlo diciendo que lo pondrían en libertad si juraba por escrito

que no tomaría más el fusil contra el imperio japonés. Viendo a Ma hacer añicos la orden, volvieron a torturarlo con métodos bestiales. No lo dejaban dormir y se lo llevaban maniatado al río Amnok donde abrían un hueco en la capa de hielo para meterlo dentro del agua. Cuando el preso perdía conocimiento lo sacaban del agua y de las palabras delirantes que brotaban de su conciencia confusa intentaron obtener informaciones que necesitaban.

De hecho, Ma perdía a menudo el conocimiento desde entonces.

Un día, tendido en el suelo con el cuerpo destrozado e imposibilitado de moverse, lo sorprendió una voz lejana que él mismo pronunciaba inconscientemente. Abrió los ojos y miró a su alrededor. A su cabecera alguien le preguntaba, en un tono frío y de satisfacción, si había vuelto en sí. Era Choe, jefe de estación policíaca encargado del caso penal de Ma.

Un estremecimiento aterrador corrió por todo su cuerpo al imaginar las consecuencias que tendría su confesión inconsciente, pues conocía mejor que nadie la posición de la Comandancia.

Con una firme determinación, se levantó a duras penas, se le acercó, se cortó la lengua con toda su fuerza, le escupió a la cara la sangre coagulada y cayó al suelo.

A partir de entonces los enemigos abandonaron toda su intencionalidad y lo trasladaron al pabellón de enfermos.

Solo cuando él estaba a punto de morir, le autorizaron a su padre Ma Ho Ryong, que retenían como rehén en una celda, ir a

ver a su hijo.

Abrazando al hijo moribundo que no podía pronunciar una sola palabra, él lloró con lágrimas de sangre.

Ma Tong Hui pidió una hoja de papel y un lápiz al policía que vigilaba el encuentro y sobre el papel que su padre sostenía con las manos escribió sus últimas letras: *Viva el General Kim Il Sung*.

El 9 de enero de 1938 los imperialistas lo mataron brutalmente en la celda alegando que a un comunista tan incorregible como él no le hacía falta ningún juicio.

Un día después de su muerte, su padre fue a Hyesan con un ataúd y se llevó el cuerpo del hijo. Cuando la carreta pasaba por delante de la estación de policía tropezó con su jefe Choe, quien se le dirigió:

—Eh, viejo, ¿cómo te sientes llevando el cadáver de tu hijo?

Ma Ho Ryong le replicó de modo resuelto, enjugándose las lágrimas que corrían por sus mejillas:

—Mi hijo Tong Hui murió mientras luchaba por la independencia de Corea. Por la misma causa cayeron también mi hija y nuera. Los mataron no porque robaron algo de los japoneses. Como su padre me siento orgulloso.

Por esas palabras fue encarcelado posteriormente en la prisión de Hamhung, donde murió; pero hasta el último momento se enfrentó a los verdugos sin doblegar su entereza como padre del

combatiente revolucionario y patriota.

Al respecto el gran Líder Kim Il Sung recordó en sus Memorias *En el transcurso del siglo* (tomo VI de la Revolución Antijaponesa):

**“El ‘Incidente de Hyesan’ me hizo reflexionar hondamente sobre la fe y voluntad del revolucionario. Podría afirmarse que este suceso constituyó una prueba de la firmeza de la fidelidad a la revolución y de la fe y voluntad. Dicho en otras palabras, fue un severo proceso de diferenciación de los revolucionarios genuinos de los falsos. Los poseedores de inmovible fe y voluntad conservaron su entereza y vencieron en el enfrentamiento con el enemigo; en cambio, los débiles perdieron la dignidad y tomaron el camino de la traición y la humillación.”**

En el Cementerio de Mártires Revolucionarios del monte Taesong se hallan, uno al lado del otro, los bustos de Ma Tong Hui y su madre Jang Kil Bu, frutos del noble compañerismo de Kim Il Sung quien tuvo en alta estima a Jang cuyos marido e hijos dieron la vida a la emancipación nacional. Hoy ambos gozan de la eternidad siendo objeto de respeto de todo el pueblo coreano.

---

※ ※ ※

Como primera generación de la revolución coreana, los combatientes antijaponeses enaltecieron a Kim Il Sung como Sol de la nación durante la Lucha Armada Antijaponesa, convirtiéndose en héroes en su regazo.

Un refrán coreano reza: *No hay soldado débil bajo un general célebre.*

Kim Il Sung confió como compañeros a aquellos que lloraban su triste condición de apátridas y con su amor y confianza los formó como dignos combatientes y valerosos guerreros de la lucha antijaponesa. La sagrada historia de la revolución coreana iniciada por él continúa hoy sin ninguna interrupción.



## **BAJO EL AMOR Y LA CONFIANZA**

---

Redacción: Thak Song Il

Traducción: Han Myong Song

Ediciones en Lenguas Extranjeras  
RPD de Corea

Julio de 2025

---

〒-250880327146

E-mail: [flph@star-co.net.kp](mailto:flph@star-co.net.kp)  
<http://www.korean-books.com.kp>

ISBN 978-9946-0-2518-6



9 789946 025186 >

